

ARTÍCULOS

LA ÚLTIMA FASE (1939-1969) DE LA LABOR LINGÜÍSTICA DE RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

I

Aunque todo el mundo admite la dificultad de segmentar una obra artística o científica a lo largo del eje cronológico, el *corpus* monumental de las investigaciones de Menéndez Pidal parece, a primera vista, constituir una excepción, por lo menos en parte. Se destacan netamente ciertos períodos; por ejemplo, los quince años más o menos que dedicó el filólogo de Madrid a sus pesquisas en torno al *Poema del Cid* (1896-1911), sin que haya aspirado, desde luego, a ninguna clase de homogeneidad. Cifrándome en lo que sigue a su labor de lingüista (y así permitiéndome descuidar, por lo pronto, lo que andaba realizando simultáneamente como folklorista, historiador de la literatura e historiador “neto”), creo no equivocarme al suponer que también puede examinarse por separado, con cierto provecho, la última fase del desarrollo de Menéndez Pidal —es decir, las tres décadas que se extienden desde su regreso a España, terminada la Guerra Civil, hasta su muerte, que sucedió unos pocos meses antes de que hubiese cumplido sus cien años.

Así me decidí, con cierto optimismo, a echar una mirada de conjunto sobre la obra lingüística del “maestro absoluto” de la filología española, con particular atención a los años 1939-1969. Pero pronto descubrí que el aludido optimismo había sido exagerado. La empresa adolece en parte de una base bibliográfica muy defectuosa: para llevarla a cabo con éxito, haría falta un inventario analítico-descriptivo de todo lo que el filólogo de Madrid dejó sin concluir, pero ya en estado avanzado de elaboración: sea que falte alguno que otro capítulo a determinada obra emprendida, sea que se trate de un mero esbozo o de una primera re-

dacción. Hay más: la bibliografía más detallada de la obra científica de Menéndez Pidal que conozco —la de María Luisa Vázquez de Parga¹—, extendiéndose hasta el año 1964, debería rayar en lo completo; por desgracia, adolece de muchísimos defectos (en lo que atañe a la organización, a la exactitud de los datos y aun a la pulcritud tipográfica, ante todo en lo que concierne a títulos de revistas, libros y nombres propios de eruditos extranjeros), de manera que

¹ Salió en la *Revista de Filología Española*, 47 (1964; pero publicado sólo en 1966, como hace constar la portada), pp. 7-128. Siguen de inmediato una lista de "Estudios generales sobre Ramón Menéndez Pidal" (pp. 119-125) y un "Repertorio bibliográfico", es decir, una breve reseña de las bibliografías dedicadas a D. Ramón (pp. 126 y ss.). Las demás secciones ya se ocupan de la historia de la revista en cuestión, con motivo de la celebración de su semicentenario. Conviene tener presente también el número especial de *Cuadernos Bibliográficos*, Madrid, 1951, dedicado a la obra de Menéndez Pidal. De los dos artículos redactados en alemán que salieron para conmemorar los ochenta años del erudito, el de H. SCHNEIDER, en *Romanistisches Jahrbuch*, 2 (1949), 18-26, rinde más información bibliográfica que el de A. KUHN, en *Archiv für das Studium der neueren Sprachen*, 187 (1950), 53-65. Complica la situación el que D. Ramón haya autorizado la publicación —casi simultánea— de ciertos trabajos en dos y aun tres revistas (¿con o sin retoques?). Así, el artículo "Nuevo valor de la palabra hablada y la unidad del idioma" —que reanuda una discusión que comenzó en el folleto *La unidad del idioma* (1944)— apareció con breves intervalos en *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), 27:78-79 (1956), 253-262; en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, 21 (1956), 429-443; y en *Virtud y Letras* (Co'ombia), 15:57 (1956), 73-81; y está lejos de representar un caso aislado. Lo más frecuente es que una comunicación preparada para una reunión o un congreso figure en dos revistas antes de quedar absorbida por las *Actas*, que a veces salen con un atraso lamentable. Así, de la ponencia "Javier-Chabbarri, dos dialectos ibéricos", hay una o más versiones (convendría colacionarlas con todo esmero) en: *Emerita*, 16 (1948), 1-13; *Pirineos*, 5 (1949), 375-387; y *Actas de la Primera Reunión Pirenaica, Jaca, agosto de 1948, Zaragoza*, 1949. Como si todo ello no fuese suficiente para desanimar al lector neófito de hoy, tampoco faltan casos de artículos distintos que llevan títulos casi idénticos, como sucedió con los estudios dedicados a los "sufijos átonos" —estudios jalonados a lo largo de medio siglo.

a veces presta escasa ayuda. Por último, el propio modo de trabajar de D. Ramón no nos anima a orientarnos rápidamente en el enorme laberinto de su obra. Gran parte de su actividad en aquel último período radicaba en la revisión escrupulosa de lo que ya llevaba escrito y aún publicado. Ahora bien: cuando los agregados quedaban reunidos en un Suplemento netamente separado de la reimpresión fotográfica de la obra anterior —modelo de remozamiento que él adoptó, a mi ver con resultados muy satisfactorios, al poner al día el *magnum opus* de su juventud (*Cantar de Mio Cid: texto, gramática y vocabulario*)—, entonces estamos relativamente seguros de lo que representa la segunda capa o, para acudir a otra metáfora, la segunda etapa de su labor; además, la comprobación superficial de cada detalle exige relativamente poco tiempo y esfuerzo. A la inversa, la preparación de la tercera edición (1950) de los *Orígenes del español* o de la sexta edición (1941) del *Manual de gramática histórica española* sugirió al autor el procedimiento más complicado de insertos constantes, ora breves, ora bastante desarrollados, sin que exista, por lo menos fuera del archivo personal del investigador, una guía segura a los agregados ni mucho menos a las correcciones de fondo o de detalle. Quien desee desenmarañar esos extraordinarios acopios de datos y de ideas a cierta distancia geográfica de Madrid se ve, pues, obligado a colacionar las sucesivas redacciones para segregar lo nuevo de lo viejo —una labor de Sísifo.

Sumándose todos estos obstáculos, salta a la vista que no puedo aspirar a ofrecer aquí más que un modestísimo borrador del trabajo ideal que se entrevé. Quizás sería más juicioso aplazar el proyecto; pero así correríamos el riesgo de disponer de un análisis más autorizado en fecha tan tardía, que el fruto de la labor ya casi no despertaría la menor curiosidad —cosa que (dicho sea a riesgo de una ligera exageración) pasó hace cuarenta años con las *Obras inéditas* de Rufino José Cuervo, las cuales, a pesar de una presentación verdaderamente magistral, provocaron por des-

gracia poca discusión,² como consecuencia de un retraso casi fatal.

II

Pero antes de examinar con detenimiento la última etapa en la larga romería intelectual de Menéndez Pidal, opino que resultará provechosa una rápida mirada al conjunto de la obra lingüística del polígrafo español. Ante todo, conviene tener presente el innegable hecho de que la lingüística —en cualquiera de sus múltiples formas y aún disfraces— no fue ni el primero ni el último amor de D. Ramón³, lo cual realza, desde luego, el mérito de cuanto, a pesar de tal frialdad inicial, logró llevar a cabo en este terreno. Uno de los primeros síntomas de la naciente curiosidad de Menéndez Pidal por problemas que hoy llamaríamos lingüísticos se encuentra en el glosario que acompaña su estudio sobre *Los infantes de Lara* (1896), glosario lleno de alusiones etimológicas, que él pulió y amplió con motivo de la reimpresión del libro en los años treinta. Ahora bien: el tomo en cuestión está lejos de representar uno de sus opúsculos juveniles. Por otro lado, de haber reservado para la lingüística histórica el hondo afecto que siempre tenía para la épica y el romancero, D. Ramón seguramente hubiera acabado y dado a luz, aun a la edad de noventa

² Me refiero al tomo que en 1944 salió en Bogotá. De particular importancia entre los elementos reunidos en ese tomo fue la revisión —hasta entonces desconocida— del estudio anterior del autor sobre las sibilantes medievales. Por desgracia, la versión final, muy superior a la primitiva, tuvo un eco incomparablemente más débil. Me ocupo de ello en un trabajo todavía inédito, "La teoría de las sibilantes propuesta por Rufino José Cuervo: noventa años de discusiones", que ha de salir en las *Actas del I Congreso Internacional sobre el Español de América* (San Juan, P. R., octubre de 1982).

³ Sobre el *modus operandi* de su abuelo proyecta un poco de luz —mucho menos de lo que se podía esperar y aun exigir— DIEGO CATALÁN, *Lingüística ibero-románica: crítica retrospectiva*, Madrid, 1974, *passim*.

y tantos años, su *Historia de la lengua española* (que en realidad quedó sin acabar y, aun para los primeros períodos, a todas luces muy fragmentaria), en vez de concentrar toda su energía de trabajador ya nonagenario sobre la indagación —muy impresionante, eso sí— de la *Chanson de Roland*. En general, la capacidad del filólogo de Madrid para cultivar a la vez cuatro disciplinas bastante dispares era en sí nada menos que una “hazaña” que en ningún otro país europeo nadie se hubiera atrevido a emprender en las postrimerías del siglo XIX; sólo en época de menor especialización técnica se podía soñar con una acción tan heroica —testigo, la obra multidimensional de Jakob Grimm, característica de la era romántica y aun postromántica en Alemania.⁴ En el fondo, dudo de que D. Ramón hubiera aplicado gustoso el término “lingüística” a sus propias investigaciones: no vacilaba en subordinar la lingüística histórica, a pesar de su componente dialectológica, a la historia (de ahí el marbete de “Centro de Estudios Históricos” que eligió para su propio instituto, en vísperas de la Primera guerra mundial), prefiriendo hablar de “lingüística” cuando se refería a las actividades de Antoine Meillet y su círculo parisiense.

Padeciendo, pues, de cierto exceso su programa de compromisos, ya a partir de principios del siglo, y estando lejos de figurar la lingüística de sesgo filológico en la cumbre de sus apasionados intereses particulares, es natural que a veces pasaran años y aun decenios sin que ese interés secundario de D. Ramón se manifestase. A este respecto resulta instructivo confrontar la década que se extiende aproximadamente desde el punto culminante de la Primera guerra mundial (1916) hasta la publicación de la versión original de los *Orígenes del español* (1926) con la década siguiente que nos lleva al año en que estalló la Guerra civil. No se puede imaginar mayor contraste. El período de la “Gran

⁴ Grimm y Menéndez Pidal compartían tres especialidades: folklore, historia de la literatura medieval, lingüística histórica. Pero Grimm, por añadidura, era también excelente especialista en el dominio de la historia del derecho germánico, mientras que Menéndez Pidal superaba a su predecesor como perito de la historia social y política.

guerra”, tan aburrido y estéril para todos los intelectuales del mundo entero, coincide, en la intensa vida intelectual de Menéndez Pidal, con el minucioso desciframiento de los “documentos lingüísticos de España” que él emprendió, para el reino de Castilla, un poco a la zaga de la ejemplar labor que acababa de realizar, para la antigua zona leonesa, el brillante y, a la vez, concienzudo romanista sueco Erik Staaff (cuyo libro, *L'ancien dialecte léonais d'après des chartes du XIII^e siècle*, Menéndez Pidal mercedamente había colmado de elogios, a pesar de unos cuantos reparos, en una extendida reseña que había hecho época)⁵.

A más del tomo primero y único de los *Documentos*, de la primera edición de los *Orígenes* (la que indudablemente mayor efecto produjo) y el ameno libro de divulgación, *El idioma español en sus primeros tiempos* que, a pesar de haber salido sólo en 1927, en el fondo no hacía más que reproducir ciertas secciones medianamente técnicas (y así asequibles al “gran público”) de los *Orígenes*, la década en cuestión comprendió una generosa y elegante muestra de la labor etimológica del autor (“Notas para el léxico románico”, escritas en torno al *Romanisches etymologisches Wörterbuch* de W. Meyer-Lübke, recién publicado); alguna que otra monografía sobre la toponimia pirenaica y sobre el ibero-vasco en su relación con el castellano; el susodicho examen, bastante pormenorizado, del libro escueto, pero nutrido, de Staaff; su innegable colaboración, discretamente tácita, con un discípulo predilecto (Amado Alonso), en la preparación de un artículo crítico de gran envergadura (sobre la agrupación del catalán), provocado por un libro de Meyer-Lübke que en 1925 causó escándalo, precedido de

⁵ Staaff, por cierto, no inició los estudios hispánicos en Suecia; sus predecesores más notables habían sido, en este respecto, E. Lidfors, A. W. Munthe y F. Wulff. Lo que impresiona en la obra de Staaff es el virtuosismo con que alternaba trabajos de carácter panorámico y otros más especializados, dedicados al italiano o francés antiguos, etc. En el eje cronológico que se extiende del tomo de Staaff al de Menéndez Pidal conviene colocar otro libro “clásico”: los *Documents linguistiques du midi de la France* publicados por Paul Meyer (París, 1910).

una larga y muy detallada reseña, en la misma clave, del controvertido "estudio geográfico-lingüístico" de Antonio Griera sobre *La frontera catalano-aragonesa*; etc. Dicho de otro modo, fue una década excepcionalmente fecunda en lo que atañía a la pesquisa lingüística (sin que el autor descuidara en el ínterin las otras disciplinas de su predilección).

Ahora bien, sin ningún cambio visible en las condiciones exteriores de su trabajo, ni en lo que concernía a la vida política y universitaria del país (excepto la abrogación del régimen monárquico), ni en lo que atañía a su círculo de colaboradores o a su familia, Menéndez Pidal dedicó escasísimo tiempo a la investigación lingüística, a medida que se entrevén tales avances por el prisma de las publicaciones, en el decenio que se extendió desde 1926 hasta 1936 —y eso que numerosos lingüistas del país y aun del extranjero acababan de tributarle aplausos en los tres impresionantes tomos publicados en su honor en 1925, cuando no había alcanzado todavía los sesenta años⁶. No se trataba, por cierto, de un capricho o de un desengaño, sino más bien del predominio de otros intereses al parecer más urgentes o, a lo mejor, más emocionantes. Cuando no había más remedio —tratándose, por ejemplo, de un tomo-homenaje en honor de un romanista extranjero de orientación netamente lingüística— Menéndez Pidal acudía a su obligación medio social, medio académica, con notable tibieza, contentándose a veces de una nota léxica que no ocupaba más que un par de páginas.⁷ Entre los años 1924 y

⁶ Sabido es que aproximadamente el tercio de los trabajos que integran el *Homenaje a Ramón Menéndez Pidal* lanzado por el Centro gira en torno a problemas lingüísticos. Hugo Schuchardt, ya muy anciano, se limitó a contribuir con una dedicatoria en versos.

⁷ Caen en esta categoría de migajas las "Notas de toponimia" (*Garumna, Garonna*; Sufijos átonos; *Orna*) que reservó Menéndez Pidal para un filólogo tan destacado como Antoine Thomas (*Mélanges de Philologie et d'Histoire...*, París, 1927, pp. 295-300); la molécula de erudición etimológica ("*Barajas, barajón y barajuste*") que regaló al homenaje en honor de su maestro de Tolosa, Alfred Jeanroy (*Mélanges de Linguistique et de Littérature...*, París, 1928, pp. 81-

1933 se produjo un hueco inclusive en su propia revista, en que se negó a publicar un solo artículo o siquiera una sola nota breve suya sobre cualquier tema. Mientras tanto, se lanzaron en el Centro varios proyectos que, por cierto, no carecían de interés; pero D. Ramón, aunque enterado de cuanto se planeaba, prefirió no colocarse a la cabeza de ningún equipo. Así fue Tomás Navarro Tomás quien dirigía la colección de datos para el *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*, mientras Américo Castro, en estrecha colaboración con Juan Corominas y con el refugiado político Georg Sachs (de formación berlinesa), ponía la primera piedra de un *Diccionario etimológico del español*. (Las reverberaciones, cercanas o lejanas, de tal proyecto fueron la edición —por desgracia, apresurada— de los *Glosarios latino-españoles de la Edad Media* emprendida por el propio Castro, con la Guerra civil *ante portas*; el espléndido glosario que acompaña la edición del *Libro de los caballos* del malogrado Sachs; y la conocida obra etimológica de Corominas, que en la actualidad se extiende también al catalán). De todos modos, Menéndez Pidal se había alejado de la lingüística cuando se embarcó para el Nuevo Mundo en plena Guerra civil. Y Nueva York, a fines de los años treinta, tampoco era, como ya veremos, el paraíso de la lingüística romance, ni mucho menos. Así, Menéndez Pidal volvió en 1939 a Madrid doblemente desengañado: por la Guerra civil (y a este tema no tengo que agregar nada nuevo) y por la casi total indiferencia de las universidades norteamericanas, comenzando por Columbia University, donde dictó algunos cursos, hacia la filología románica.⁸

83); el átomo ("Derivados españoles de ruina") con que enriqueció el homenaje a Karl Pietsch organizado, en 1930, por la revista chicaguense *Modern Philology*; y la partícula subatómica —nota que seguramente redactó en media hora— que apenas si aumenta el valor de los *Todd Memorial Volumes*, New York, 1930 ("Derivados españoles de character").

⁸ Su asistente universitario, en aquel triste intervalo, fue el mismo malogrado Georg (= George E.) Sachs, hijo del célebre musicólogo alemán, que ya había ingresado en el Centro de Madrid a instancias de Américo Castro —después de un breve contacto que se había

III

Como se sabe por una "carta al director" que publicó Menéndez Pidal en los años cuarenta en la revista norteamericana *Hispania*, al salir de su casa de Chamartín y de su gabinete en el Centro de Estudios Históricos con rumbo al Nuevo Mundo, contaba con la probabilidad de una guerra civil relativamente breve y así dejó la mayor parte de su archivo en España, todo cuidadosamente empaquetado. (A su regreso en 1939, encontró ese tesoro intacto y en orden perfecto). Su ausencia imprevisiblemente larga de los materiales que había acumulado en medio siglo de investigación febril le impuso una —indudablemente penosa— revisión total de sus planes. Por curiosa paradoja, quedando bruscamente interrumpida su labor de historiador puro y de erudito literario tan característica del decenio anterior, se metió con un nuevo arrebato de entusiasmo en pesquisas de carácter netamente lingüístico, en parte muy distintas de las que había ido realizando a lo largo de cuatro décadas (1896-1936).

El contacto vital con las huellas del antiguo imperio colonial español suscitó su curiosidad por dos personajes destacados y a la vez muy controvertidos, que habían estado vinculados con aquel ambiente, a saber: Cristóbal Colón y el Padre Las Casas. El examen de la obra de Las Casas terminó por rendir un libro entero (quizá, de todos los escritos del autor, el que mayor polémica provocó); careciendo de contenido lingüístico, no ocupará nuestra atención por ahora. Sobre Colón disponemos de dos artículos bastante desarrollados y de una nota (los tres trabajos salieron casi simultáneamente en 1940)⁹. Perteneciendo estos dos perso-

establecido en Berlín, allá por 1932 lo más tarde. Sobre Sachs (1909-1939) véase *RPh*, 2 (1948-49), 217-228.

⁹ "La lengua de Cristóbal Colón", *BHi*, 42 (1940), 5-28; "Cómo hablaba Colón", *Revista Cubana*, 14 (1940), 5-18; "La lengua de Cristóbal Colón", *Correo Erudito*, 3 (1940), 98-101. Parece que el segundo trabajo fue reimpresso en el *Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua*, 2 (1941), 25-36. Del primero salió una reseña

najes (Colón por lo menos en parte) al siglo xvi, observamos en aquel contexto un cambio general en las predilecciones críticas e históricas del autor: por primera vez empieza a manifestar mayor interés por el Siglo (mejor dicho, los dos Siglos) de Oro que por la Edad Media, y dedica mayor atención que antes a la lengua, a veces muy idiosincrática, de individuos de talla excepcional. Si en los períodos anteriores de su actividad parecía preferir textos anónimos (como el *Auto de los Reyes Magos*, el *Poema del Cid*, la *Disputa del alma y el cuerpo*, *Elena y María*, el *Poema de Yûçuf*, *Roncesvalles*) en merma del *Libro de buen amor*, de los escritos didácticos de don Juan Manuel y del *Rimado de palacio* de Pedro López de Ayala (para no decir nada de las crónicas del canciller y de su tratado venatorio), ahora todo cambia de repente: viene a ocupar el centro de la escena "El estilo de Santa Teresa" y se plantea como problema que merece la atención del autor la "Oscuridad, dificultad entre los literatos y conceptistas"¹⁰.

La ansiedad por el presente y el porvenir de España prorrumpa en la búsqueda de las últimas raíces de la patria, la cual, dado el esencial perfil de historiador del autor, se transforma en un retorno a la reconstrucción —fragmento tras fragmento— de los lejanos substratos, en parte indoeuropeos y así fáciles de identificar, en parte exóticos y, por lo tanto, casi siempre carentes de marbete. Lo indoeuropeo, para Menéndez Pidal, es, en lo esencial, lo céltico

en el diario parisiense *Le Temps*, en mayo de 1941; y del tercero un breve resumen de S. A[lcázar], en el t. 1 (1940) de la *Revista de Indias*.

¹⁰ Este último artículo salió en *RF*, 54 (1942), 211-218. Ambos quedaron reimpresos en misceláneas de fácil acceso. Agréguese "La lengua en tiempos de los Reyes Católicos (del retoricismo al humanismo)", *Cuadernos Hispanoamericanos*, (Madrid), 13 (1950), 9-21. Verdad es que había desbrozado el camino un artículo de cierto tamaño publicado con anterioridad en una revista de divulgación ("El lenguaje del siglo xvi"), *Cruz y Raya*, 6 (1933), 9-63. El último eslabón de esta cadena fue el artículo "Gran innovación en el habla común del siglo xvi; los diversos gustos lingüísticos", *Ibérica*, 1 (1959), 11-31.

(incluyendo al celtíbero) y lo itálico (es decir lo osco, que —según se supone— dejó unas cuantas huellas en el valle del Ebro). Llama la atención la casi total indiferencia del autor por el griego —ora el de los primeros exploradores del litoral mediterráneo, ora el que ejerció cierto influjo sobre el latín vulgar, ora el del Nuevo Testamento, ora el bizantino de las fuerzas expedicionarias que el emperador Justiniano desembarcó en Andalucía. Sea como fuere, surge la idea de un “substrato mediterráneo occidental” en un artículo del año 1939¹¹, que a su vez prepara el terreno para las tesis muy radicales que formuló el autor en su contribución al homenaje (1953) que dedicó el Colegio de México a la memoria de Amado Alonso. Se reanuda la labor onomástica con un artículo muy técnico que sale en la revista *Emérita* a raíz del regreso de Menéndez Pidal a su residencia en Chamartín de la Rosa, y se allana así el camino que en breve llevará a la primera miscelánea de aquella índole, *Toponimia prerrománica hispana* (1952)¹².

No puedo reprimir mi disgusto al descubrir que, mientras el autor alejado de su patria mandaba los manuscritos de sus artículos a revistas hispanoamericanas (como la *Revista Cubana*, muy prestigiosa en aquellos tiempos) y, de vez en cuando, a revistas europeas tan influyentes como el

¹¹ Publicado en la *ZRPh*, 59 (1939), 189-206; reimpresso en *Ampurias* (Barcelona), 2 (1940), 3-16. Se trata de una memoria presentada al Congreso de Toponimia celebrado en París en 25-30 de julio 1938.

¹² Se trata del artículo siguiente: “El sufijo *-én*; su difusión en la onomástica hispánica”, *Emérita*, 8 (1941), 1-36, que figura en *Toponimia*, con unos ligeros retoques. Causa cierta confusión que el autor, al relegar al libro en cuestión ciertas páginas de la primera redacción de los *Orígenes* (1926), les haya dado el título “Sufijos átonos”, demasiado parecido (para el gusto de muchos lectores) al título de un trabajo anterior (1905), en clave distinta: “Sufijos átonos en español”. Huelga decir que con la publicación del tomo aludido no se agotó el interés del autor por la toponimia: baste citar su ponencia “Toponimia mediterránea y toponimia valenciana primitiva”, que leyó en el 7º Congreso Internacional de Lingüística Románica, Barcelona, 1953, y que terminó por salir en las *Actas*: 7 (1955), 61-75.

Bulletin hispanique, la *Zeitschrift für romanische Philologie* y los *Romanische Forschungen*, no se publicó ni un solo trabajo de su pluma en Norteamérica, a pesar de su vinculación con Nueva York a través de la cátedra que regía en Columbia University. Aunque desconozco en absoluto los detalles, me explico tal absurdo no sólo por las reverberaciones transatlánticas de la Guerra civil, sino también por la frialdad del público universitario norteamericano hacia la filología románica en todas sus dimensiones, actitud más característica de aquel entonces que del momento actual.

IV

Huelga decir que Menéndez Pidal tenía pleno derecho a cultivar estudios substratistas; daba la casualidad de que estaban muy de moda en Europa en aquel entonces; mejor dicho, a lo largo del segundo cuarto del presente siglo. La justicia pide que se agregue que Menéndez Pidal, con aquel sentimiento innato de dignidad e hidalguía que, con escasas excepciones, caracterizaba su conducta como investigador, se abstuvo rigurosamente, que yo sepa, de cualquier abuso político del argumento substratista: para él se trataba en lo esencial de satisfacer una legítima y cautivadora curiosidad intelectual. Así y todo, conviene admitir que una repentina acumulación de trabajos de esa índole lleva consigo graves riesgos, por la sencilla razón de que las conjeturas que atañen a esta capa del léxico casi por definición son inseguras, dado el número elevado de incógnitas y lagunas en el corpus disponible; y aun en el mejor caso, suponiendo que (a la luz de tanteos posteriores) se trate de un hallazgo feliz, quienes mayor provecho sacan de tales exploraciones son casi siempre los etnólogos, demógrafos y arqueólogos, mientras que el propugnador de una tesis lingüística corre el peligro de no convencer ni a sus mejores amigos, para nada decir de sus contrincantes. Mientras los romanistas más exigentes aceptaron casi sin contradicción las ideas expuestas en los *Orígenes*, las propuestas —ante

todo celtibéricas— de Menéndez Pidal estuvieron muy lejos de quedar aceptadas con unánime entusiasmo. Uno de sus trabajos de esa clase más amenos, “La etimología de *Madrid* y la antigua Carpetania”¹³, no le granjeó por cierto los aplausos de Manuel Gómez Moreno¹⁴; y aunque D. Ramón logró rechazar los reparos y criticar la contrapropuesta de aquel erudito¹⁵, su propio estudio, por agudo que fuese gracias a su hábil manipulación de datos mozárabes, de cartularios medievales, de hipótesis etimológicas anteriores, etc., tampoco satisfizo por completo a alguno que otro lector¹⁶. Llama la atención el hecho de que Johannes Hubschmid, buen conocedor de la materia, se desentendía con frecuencia de las bases célticas con que operaba Menéndez Pidal, prefiriendo recurrir, de ordinario, a alternativas preindoeuropeas¹⁷. El entusiasmo de D. Ramón por la antigua Celtiberia como viejísimo modelo o prototipo de Castilla no asumió nunca, afortunadamente, el carácter de una manía; sin embargo, es innegable que allá por 1920 lanzaba sus conjeturas célticas con mayor cautela y aun con cierta dosis de escepticismo, como le pasó con motivo del término culi-

¹³ *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*, 14 (1945), 3-23.

¹⁴ La misma revista, 15 (1946), 3-16.

¹⁵ *Toponimia prerrománica*, pp. 196 y s., con motivo de la reimpresión del artículo sobre la etimología de *Madrid*.

¹⁶ Véase mi extensa reseña del tomo en cuestión en *Speculum*, 29 (1954), 588-594.

¹⁷ Así, con toda claridad, en su nutrida nota “Asturisch *cuetu* — baskisch *kotor* ‘felsiger Hügel, Fels’. Ein Beitrag zur Erforschung des hispano-kaukasischen Substrates”, *RPh*, 6 (1952-53), 190-198, la cual encierra una crítica de la nota de Menéndez Pidal sobre *cotto*, *cotta* que había salido casi simultáneamente en la misma revista (en el número subsiguiente al tomo dedicado a la memoria de Antonio G. Solalinde) y en la precitada miscelánea toponímica. En rigor, ya había figurado en forma menos desarrollada como subcapítulo de los *Origines*. Desde luego, en otros estudios Hubschmid estaba perfectamente dispuesto a postular étimos célticos para voces romances de origen dudoso (de todos modos, prerromano); véase a este propósito su artículo “*VIRARE*: romanisch oder vorromanisch?”, *RPh*, 15:3 (1962), 245-253.

nario *ciliérveda* (rodeado de muchas variantes en parte antiguas, en parte dialectales modernas); escepticismo, por lo demás, muy justificado en este caso particular, ya que la alternativa propuesta en seguida por Meyer-Lübke (el abstracto latino *celebritās*, transmitido por conductos monásticos) me parece, en efecto, decididamente más realista y, por consiguiente, incomparablemente más convincente¹⁸. Resulta útil tener presente otra limitación del filólogo de Madrid en lo que concierne a su propensión al "celticismo": habiendo sido, en su lejana juventud, un brillante autodidacta que se dejaba guiar, en lo esencial, por el magnífico *Grundriss* de G. Gröber, ya anticuado después de la Primera guerra mundial, depositaba su plena confianza en diccionarios, gramáticas y enciclopedias redactadas en alemán, como el famoso tesoro de Holder: productos muy meritorios del Siglo de Oro de la tradición filológica en la Europa Central. Ahora bien: cuanto más nos alejamos de aquella era paradisíaca de estudios célticos, tanto más predominan las monografías y los libros de consulta serios redactados en inglés y publicados de ambos lados del Atlántico (en gran parte en Irlanda). De manera que D. Ramón como celtista, allá por 1950, dependía casi por entero de unas fuentes de información cada vez más anticuadas y unilaterales.

El trabajo más logrado de esta colección me parece, a todas luces, el dedicado al "sufijo *-én*, su origen y su difusión en la onomástica hispana", cuya versión primitiva había salido en *Emérita*, 8 (1940), pp. 1-36, casi a raíz del regreso del autor a España, pero que él elaboró considerablemente para la reimpresión (ocupa las páginas 105-158

¹⁸ Quedó indeciso, ante estas dos posibilidades, V. García de Diego en 1955, agregando al material ya recopilado por sus predecesores un puñado de datos dialectales por lo visto recogidos en el terreno por él mismo, mientras Corominas, en 1954 y de nuevo en 1967, sin agregar nada al expediente, complicó un problema que todo el mundo ya daba por resuelto con una verdadera pléyade de bases hipotéticas prelatinas, ninguna de ellas solvente. Examino el vaivén de esa discusión en mi artículo (en prensa), "Toward Higher Formalization in Etymology: The Spanish Culinary Term *ciliérveda* and Variants".

de la miscelánea a que aludimos). Aun quien no esté de acuerdo con la interpretación de la fase prehistórica del problema podrá sacar inmenso provecho de ese libro en miniatura al indagar la supervivencia del sufijo latino -ENUS; la rivalidad de -eno y -eño hasta cierto punto paralela —agrego por mi cuenta— a la de -ano y -año, -ino e -iño, -uño y -uño); la apócope en el caso de -en(o), de capital importancia para quien examine la mucho mejor conocida de -in(o); la productividad de -eno en el Nuevo Mundo (*chileno*); el puesto de -én en la escala social y en la lengua literaria arrusticada, etc.

Aunque afeada por un sinnúmero de erratas (ante todo en su valioso aparato de pistas bibliográficas), *La toponimia prerrománica*, que abarca un período de 35 años en la vida productiva del autor, no deja de ser un libro muy útil aún hoy, pasados otra vez más de treinta años. Marca el punto culminante y casi la conclusión de un fuerte interés secundario del autor; ejemplifica su modo de colaborar con personas muy jóvenes (la confección del detallado índice de topónimos, que ocupa las pp. 278-311 en tres columnas, se debe a Marga Zielinski de Muñoz Cortés); y explica la selección del tema —a primera vista extraña— para la contribución del autor al primer homenaje póstumo a Amado Alonso, el cual salió en México al año siguiente y representa una buena muestra de la mole de materiales relevantes acopiados por Menéndez Pidal (y, al parecer, condenados a seguir inéditos)¹⁹. La preparación de la *Toponimia* permitió al autor rechazar, en tono no tajante, alguno que otro reparo de críticos autorizados, del país y aun extranjeros (así mostró la futilidad de la tentativa de G. Rohlfs de recurrir a la “imala” hispano-árabe para explicar el su-

¹⁹ No me ocupo aquí de este trabajo, titulado “Sufijos átonos en el Mediterráneo occidental” (*NRFH*, 7, 1953, pp. 34-55), que examiné pormenorizadamente en otra ocasión (“The Rise of the Nominal Augments in Romance: Graeco-Latin and Tuscan Clues to the Prehistory of Hispano-Romance”, *RPh*, 36:2 [1972], 306-332).

fijo /-én/-ena²⁰). Quizá más notable todavía sea su auto-crítica esporádica, si bien se trata, en general, del reajuste de meros matices de opinión. Así admite, en la p. 8, que en presencia de varios documentos recién publicados ha cambiado de opinión sobre "la geografía histórica del vascuence"; y en la p. 72 confiesa que, pasados menos de quince años, se ve obligado a atenuar la identificación absoluta que en un principio hacía del vasco y el ibérico.

V

Según ya observamos en un caso concreto (y como, por lo demás, es perfectamente normal tratándose de un erudito de edad avanzada), gran parte de la labor tardía de D. Ramón, no sólo en el terreno lingüístico, estribaba en la revisión de trabajos anteriores. En tales circunstancias la revisión abarcaba de una a cinco de las siguientes categorías: *a*) limpieza tipográfica, *b*) corrección de detalles, *c*) agregados sueltos, *d*) traslado de ciertos análisis de un estudio para otro, y *e*) total reajuste de un estudio previo (formulación y documentación) a un nuevo modo de pensar. En cada caso mucho dependía, por lo visto, de la distancia temporal entre la fecha de la revisión y el año de la salida del libro o artículo original: variaba entre quince y, en un caso extremo, treinta y cinco años de relativa inactividad²¹.

²⁰ Es fascinante releer aquí la cortesísima contestación, del año 1920, de Menéndez Pidal (pp. 47 y ss.) a las agudas observaciones que acababa de hacer Hugo Schuchardt, en el t. 13 de la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, a su magistral artículo "Sobre las vocales ibéricas *ç* y *ø* en los nombres toponímicos" (1918), con el cual, si no me engaño, Menéndez Pidal había dado el primer paso en ese terreno tan resbaladizo. Lástima que no se haya reproducido a título de apéndice (ora en facsímil, ora traducida al español) aquella nota casi inasequible, del lingüista de Graz.

²¹ Dudo de que ningún trabajo de orientación netamente lingüística haya sido objeto de una revisión tan escrupulosa como, entre las obras de carácter francamente histórico, *La España del Cid* con motivo de su cuarta edición (1947; la primera data de 1929) y, en-

El primer paso a lo largo de este eje que dio Menéndez Pidal, como filólogo-lingüista, tan pronto como regresó a su hogar fue poner al día ciertas secciones de su *Manual de gramática histórica española*, el más didáctico y pragmático de todos sus libros, cuya primera redacción (*Manual elemental de gramática...*) data del año 1904, cuando en el terreno lingüístico era mero principiante. Se considera importantes, en virtud de los retoques y agregados bastante numerosos, la segunda edición, de 1905, la cuarta, de 1918, así como la quinta (primera tirada: 1925; tercera y última tirada: 1934). El texto que el autor se empeñó en "remozar", para recurrir a su expresión predilecta, antecedió, pues, a la versión primitiva de los *Orígenes*, y cualquier lector se daba pronto cuenta de ese fastidioso atraso en lo relativo al enfoque, al tono, a la localización geográfica, a la cronología (absoluta y relativa) y a otros abundantes detalles.

Tras unas cuantas semanas de trabajo febril, Menéndez Pidal dio por concluida esa empresa y, juzgando por su advertencia a la sexta edición, entregó el material a la imprenta en el mes de junio de 1940; el libro salió al año siguiente. Se ha reimpresso varias veces, pero ya sin ninguna "segunda cosecha" de enmiendas, de manera que el texto de 1941 es el definitivo. El autor admite haber aprovechado tres reseñas de ediciones anteriores, la de Fr. Krüger, la de M. de Unamuno ("Notas marginales...") y la muy extensa (y, a mi propio modo de ver, bastante floja) de P. Fouché; así como unas detenidas comunicaciones de H. Jarník y R. Lapesa que le alcanzaron por conductos particulares. Identifica los párrafos 8 bis, 9-11 y 13 y ss. como los que sufrieron la elaboración más esmerada, y puntualiza entre los agregados un resumen cronológico de la fonética en

tre las consagradas por entero a la historia literaria, *Poesía juglaresca y juglares; aspectos de la historia literaria y cultural de España* (1924), la cual, a partir de la sexta edición (la de 1957), inclusive cambió de título: *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas; problemas de historia literaria y cultural*, siendo lo más enrevesado del problema el que siguieran publicándose, hasta 1962, tiradas de la quinta edición, fiel a la primera redacción, para Austral.

forma de un cuadro (§ 63 *bis*). Entre los tratados generales que "conviene tener a mano" (pp. vi y vii) no cita ninguno que se haya publicado después de 1926 y bien pocos que salieron después de la divisoria del año 1914, lo cual no deja de dar determinado aire de vetustez al libro entero. El propio autor confiesa así implícitamente que se ha producido cierto desequilibrio entre la sección fonética y la morfológica —desequilibrio que ya se había dibujado en los *Orígenes*, allá por la mitad de los años veinte²².

En resumidas cuentas la reacción crítica al texto definitivo del *Manual* fue más bien tibia, lo que en parte se explica por la fecha poco propicia —en escala mundial— de su salida²³. Tampoco ayudó a su éxito la marcada indiferencia de una generación entera de romanistas, ante todo europeos, hacia la gramática histórica de cariz tradicional, género de pesquisa que en aquel entonces ya parecía superado.

Mientras los párrafos señalados por el autor mismo como los más innovadores se refieren, en lo esencial, a las peri-

²² A decir verdad, para el rejuvenecimiento de la morfología española (flexión, derivación, composición) los hispanistas tuvimos que esperar largo rato (dejo a un lado los manuales en clave comparatista, como el de H. Lausberg, ante todo en la versión italiana revisada con particular cuidado por el propio autor). Como tratado de conjunto no encuentro nada verdaderamente digno de elogios entre la *Gramática histórica de la lengua castellana* de Federico Hanssen (Halle, 1913) —reimpresión, es cierto, a principios de los años cuarenta en Buenos Aires— y el muy reciente (y, al parecer, enteramente satisfactorio) tratado de Manuel Alvar y Bernard Pottier, *Morfología histórica del español* (B.R.H. 11:57; Madrid, Gredos, 1983). Si no me equivoco, Rafael Lapesa por su lado anda (o, a ratos perdidos, andaba) preparando un manual de morfología: de todos modos, es muy notable el conjunto de sus trabajos sueltos ya publicados que le han allanado el camino hacia tal meta.

²³ De la sexta edición, que nos ocupa en el contexto actual, salió en Europa una reseña de [W. von] W[artburg] en su propia revista, *ZRPh*, 64 (1944), 177-179, así como, en Norteamérica, una crítica —poco interesante— de H. R. Keller, Jr., en *Language*, 19 (1943), 230-236. En vida del autor salió la décima edición del *Manual*, en 1958; no faltan reimpressiones póstumas.

pecias de las vocales latinas acentuadas, el examen de los efectos del yod, ya articulado ya anticipado, en los fonemas ora inmediatamente contiguos ora colocados a cierta distancia, no puede menos de dirigir la atención del lector también hacia determinadas consonantes; por ej. la *ll*, la *ñ* y, entre las sibilantes antiguas, la *z* y *ç*. Da la casualidad que Menéndez Pidal, que yo sepa, no contribuyó nunca con una sola monografía o un solo artículo a la discusión animada sobre las sibilantes del español antiguo, a diferencia de Ch. Joret, A. Horning, R. J. Cuervo (en dos ocasiones), J. D. M. Ford, J. Saröihandy, J. O. Tallgren [-Tuulio] (en dos ocasiones, con la peculiaridad de que el trabajo de 1907 está dedicado a Menéndez Pidal), L. J. Juroszek y otros muchos, de manera que, para sacar en limpio su modo de pensar en este campo (que había fluctuado mucho), conviene consultar una obra de conjunto tras otra²⁴. Pues bien, de los agregados de Menéndez Pidal a la sexta edición de su *Manual de gramática* puede inferirse la última fase de sus largos tanteos²⁵.

²⁴ Lo mismo pasa, desde luego, con las tomas de posición de Baist, Meyer-Lübke, Gorra, Hanssen, Zauner y varios astros menores.

²⁵ Sin detenerme en polémica, hago constar que presenté mis propias ideas sobre la distribución de *ç/z*, bastante divergentes de las de Menéndez Pidal, en *RPh*, 25:1 (1971), 1-52 —desde luego, tomando en cuenta el idearium de mi predecesor recién fallecido. En cuanto al vocalismo (y muy especialmente a la conservación de la *u* breve latina como *u*, en merma de la *o*), ventilo algunas ideas ajenas y mías en mi contribución ("Alternatives to the Classic Dichotomy Family Tree/Wave Theory? The Romance Evidence") a la miscelánea *Language Change* editada por I. Rauch y Gerald F. Carr, Bloomington, Indiana, 1983, pp. 192-256.

Por cierto sería instructivo colacionar, párrafo por párrafo, la quinta y la sexta ediciones del *Manual*, para averiguar la técnica de D. Ramón. Empecé ese trabajo de control tan sólo para los §§ 27-31, dedicados a las vocales finales y a las vocales en hiato, con el resultado siguiente (me atengo a una especie de inventario, necesariamente algo seco). El § 27, brevísimo, quedó sin cambio. En el § 28, que abarca tres apartados, una importante observación dialectológica (sobre formas como *tardi*, *pudi*) cambió de puesto, quedando trasladada del segundo al primer apartado, sin alusión empero a un

VI

El siguiente proyecto de revisión que nos concierne —el que giró en torno a la monumental edición crítica del *Poema del Cid*— se efectuó de manera muy distinta. A riesgo de repetir cosas archiconocidas, recuerdo al lector que se trataba de colocar los tres tomos que, entre 1908 y 1911, tras de una década de labor sumamente concentrada, habían salido en Madrid (sin que una casa editorial los patrocinara), en la serie, lanzada ya en 1934, es decir, en visperas de la Guerra civil, de las *Obras completas* de Ramón Menéndez Pidal —serie emprendida por la prestigiosa casa Espasa Calpe. Como modelo de la revisión se tomó, en 1944-1946, precisamente el t. I de *Obras*, en que quedó absorbida *La leyenda de los Infantes de Lara* (1896). El “modus operandi” de una empresa de tal envergadura consistía en lo siguiente: los sucesivos tomos se reproducirían de manera fotomecánica (salvándose sólo las erratas más fáciles de corregir), mientras el resto de la reelaboración quedaría relegado a un suplemento. Así, al lado del viejo glosario de *La leyenda*, reproducido con toda fidelidad, figuran, en sección aparte, unos cuantos agregados lexicográ-

sustancial artículo de G. Tilander, que en el ínterin había salido en la *RFE* —precursor, hasta cierto punto, de otra investigación, más detallada, de J. Gulsoy (1969). Por compensación, hubo dos brevísimos agregados al segundo apartado (uno de ellos subraya el papel desempeñado por los mozarabes), igual que el tercero, haciéndose ahora más ahínco en la concatenación de los sucesos (cronología relativa de los cambios fonéticos). En el § 29, que comprende casi dos páginas, descubrí unos leves retoques en la cuarta subdivisión del segundo apartado: se trataba únicamente del cauce de la transmisión de dos voces de abolengo latino bastante aisladas, a saber, *don* (regalo) y *golpe*; esta vez el autor llegó a una interpretación muy distinta de aquella por que había abogado antes, allá por 1925. Siguió sin mejorar la yuxtaposición —fundamentalmente equivocada— de *duende* (en un principio, *dueñ de [la casa]*) y del adjetivo *duendo* < *dõmitu*. El § 30 quedó inalterado. En el párrafo siguiente, lo único nuevo fue la ligera elaboración de la n. 1 y el agregado de la n. 2, que proporcionaba un minimum de la esencial información bibliográfica.

ficos, sin ninguna tentativa de amalgama. En los tres tomos de la reimpresión del *Cid*, obra de mayor complejidad, unos asteriscos esparcidos por el texto original reproducido en facsímil advierten al lector que conviene consultar el Suplemento, el cual ocupa las pp. 1165-1224 y, desde luego, representa un importantísimo instrumento de trabajo.

Sin embargo, sabido es que el remozamiento fue sólo parcial. Para comprender tal limitación, conviene repasar la arquitectura de la obra²⁶, que el subtítulo no revela con toda exactitud. El primer volumen contiene, a más de una Advertencia (precedida, a su vez, en el texto de 1944, de una "Advertencia a esta nueva edición"), la primera parte, que lleva el título de "Crítica del texto" y corresponde a las pp. 1-136 (y abarca los párrafos 1-44)²⁷. El resto del espacio de este volumen pertenece a la segunda parte, dedicada a la "Gramática" (pp. 137-420; §§ 1-210). El segundo tomo, que —como es natural— carece de cualquier subdivisión, pero adopta el orden alfabético de las voces en cuestión, es el Vocabulario, que constituye la tercera parte y ocupa las pp. 423-904. Integran el tercer y último tomo la cuarta parte, es decir el texto (que a su vez queda subdividido en la "Edición paleográfica del *Cantar*", pp. 907-1016, y la "Edición crítica del *Cantar*", pp. 1017-1164); a ellas sigue la quin-

²⁶ Menéndez Pidal dejó sin cambiar el título tan familiar a los hispanistas, "*Cantar de Mio Cid*": *texto, gramática y vocabulario*, aunque se daba cuenta de lo poco feliz de su decisión inicial de aplicar el marbete "*cantar*" a la obra entera y a cada uno de sus tres componentes ("*cantar*" del destierro", etc.). En su adaptación (1941) de ese *magnum opus* a la serie de *Clásicos Castellanos* ("La Lectura") ya aprovechó la alternativa, exenta de toda ambigüedad: *Poema del Cid*.

²⁷ Las portadas de los tres tomos no pecan por exceso de exactitud: la del primero anuncia sólo una primera parte; la del segundo una tercera; y la del tercero una cuarta, quedando así difíciles de ubicar la segunda y la quinta. Huelga decir que se trata muy verosimilmente de una chabacanería de la imprenta. En la terminología empleada por la casa editorial, el libro entero queda dividido en tres volúmenes, que corresponden a los tomos III-V de las *Obras completas* del autor (magnífica empresa, condenada, al parecer, a quedar muy incompleta...).

ta parte, nuevamente escrita o redactada en 1946, "Adiciones y enmiendas" (pp. 1165-1224), la que tópicamente más nos interesa. Concluye la empresa entera una sección de Abreviaturas bibliográficas (pp. 1225-1231), sin agregados cualesquiera.

La gramática de este texto no tardó en adquirir una importancia capital, la cual conserva todavía, siendo muy superior a la del *Manual*, en parte por haber sido formulada con menor apresuramiento: mientras el autor quería publicar su *Manual (elemental)* a todo trance hacia 1904, esta vez no hubo ningún plazo que acatar. Además de su calidad marcadamente superior, se aleja del *Manual* también por su ámbito, teniendo una extensa sección sobre la sintaxis (pp. 298-420), que presta suficiente atención al orden de palabras (pp. 398-420) —con particular arreglo a la colocación de los pronombres átonos y de los verbos auxiliares. Además, todo lo que atañe a la prosodia se discute muy pormenorizadamente, dado el intenso interés del autor por la debatida cuestión de la métrica del *Cid*.

Siendo tan meritoria la sección de la Gramática, no lo fue menos, en ciertos respectos, la del Vocabulario, lo cual aumenta nuestro sentimiento al enterarnos de que el autor renunció, casi por completo, a su revisión. Ignoramos si el principal motivo de tal decisión programática fue la economía del tiempo y el ahorro de la energía que se imponían, dada la innegable necesidad de una revisión muy enérgica, y si la casa editorial recomendó tal procedimiento, ante el peligro de un gasto excesivo (o bien, la amenaza de un atraso muy poco ventajoso). Sea como fuere, la revisión del *Cantar*, a raíz de decisión tan caprichosa, quedó suspendida a la mitad, con un resultado final bastante unilateral.

Evoquemos los rasgos, en gran parte enteramente positivos, del Vocabulario. Por un lado, está lejos de ser exhaustivo; es decir, no aspira a registrar todos los pasajes en que se usa determinada palabra, sobre todo si encierra escaso interés para el investigador. Observando esta deficiencia, V. R. B. Oelschläger (discípulo de Antonio G. Solalinde)

se decidió a compilar su propio vocabulario como parte de su edición del *Cid*; por cierto, mucho menos original (y, por añadidura, impresa con escasa elegancia), pero, por compensación, con cierta garantía de comprensividad²⁸. Por otro lado, Menéndez Pidal superó a todos sus precursores y rivales por la abundancia del material auxiliar o comprobante que se esforzó por aducir cuando se trataba de voces refractarias al examen semántico, anticuadas, o situadas en el foco de animados debates etimológicos. Desviviéndose por ofrecer un *corpus* impecable en este sentido, no sólo rastreó los textos medievales de que ya existían ediciones modernas más o menos adecuadas, sino que examinó varios textos todavía inéditos, escudriñando sus versiones manuscritas. Basta comparar el vocabulario del *Cid* de D. Ramón con el —también ejemplar— que compiló Wendelin Foerster para las obras de Chrétien de Troyes para cerciorarse de la superioridad del esfuerzo de Menéndez Pidal. Como característica final del vocabulario del *Cantar* (rasgo que comparte con el de Foerster y con otros muchos, coetáneos) cabe señalar la presencia de soluciones etimológicas; en este respecto llama la atención la independencia de C. Carroll Marden quien, para su benemérita edición del *Apolonio* (algo posterior a la del *Cid*), preparó con detenimiento un glosario también digno de la calificación de “excelente”, sin que se haya sentido obligado a suministrar etimologías. Téngase presente que en aquella época la etimología disfrutaba de extraordinario (casi diría excesivo) prestigio, en melancólico contraste con lo que sucede en la actualidad. De todos modos, las conjeturas etimológicas envejecen rápidamente, y para defender y pulir las suyas (relativamente excelentes, por lo demás muy acatadas por Meyer-Lübke en el transcurso de la preparación de su diccionario etimológico) o, al revés, para justificar cualquier cambio de opinión, Menéndez

²⁸ Lo hizo con base en el texto establecido por D. Ramón y en la traducción de Alfonso Reyes: “*Poema del Cid*” in *Verse and Prose: Academic Edition with Introduction, Vocabulary, Concordance, Etymologies, and Textual Commentary*, New Orleans, Newcomb College (Tulane University), 1948.

Pidal hubiera necesitado mucho, quizá demasiado espacio. De ahí el aludido desequilibrio entre la gramática que el autor puso al día y el vocabulario que dejó en gran parte intacto, desigualdad tanto más lamentable como que entre estas dos partes hay un vaivén constante y digno de todo elogio. Si se puede señalar una deficiencia más, que se destaca en la perspectiva moderna mucho más que hace sesenta años, es la omisión de comentarios de tipo sincrónico, a raíz de una comparación sistemática de sinónimos (y casi-sinónimos), homónimos, antónimos, contornos fraseológicos, etc.²⁹.

En suma, lo que de hecho contienen esas apretadísimas sesenta páginas de "Adiciones y enmiendas" son unos comentarios sueltos del autor que se le han acumulado durante unos treinta y cinco años de espera, en lo que concierne a las ideas y a los datos: la formulación final refleja su modo de pensar de principios y mediados de los años cuarenta. Algunas observaciones, por su fondo y aun por su tono, son polémicas, encerrando sus réplicas a los reparos que le hicieron hace varios decenios los críticos de su libro trimembre de los años 1908-11. Tampoco faltan agregados sugeridos por sus propias lecturas e indagaciones posteriores. Aproximadamente la mitad de este Apéndice (pp. 1165-1191) atañe a la crítica del texto, y así no puede ocupar nuestra atención directamente; sí provocan nuestra curiosidad las ideas que expone sobre la gramática (pp. 1191-1209). Una revisión sistemática del Vocabulario, con la conservación del enfoque etimológico tan característico del texto original, resultó al autor, como ya nos consta, una meta inasequible; así y todo, dedicó unas cuantas páginas muy concentradas a varios aspectos del léxico (pp. 1210-1221). Concluyen esta parte unas tres páginas y media nominalmente reservadas al "Texto del *Cantar*" (1221-24), aunque en realidad se trata de unos pocos agregados de último minuto, entre ellos unas reflexiones acertadas sobre

²⁹ En este respecto, es justo colmar de elogios la labor lexicológica de Lucien Foulet; por ej., el vocabulario de la *Chanson de Roland* compilado por él, que acompaña el texto fijado por Joseph Bédier.

la sintaxis de la exclamación formulaica *¡si oviessse buen señor!* y sobre la etimología de *decir* 'descender'³⁰.

Las miniaturas gramaticales y léxicas más notables que se esconden en el Suplemento, sucediéndose con arreglo a las páginas del texto de 1908-1911, son —al menos, para mi gusto— éstas:

a) La alternancia de (u)o: *ua, ue*, con atención al testimonio de las rimas (asonancias) antiguas y de los dialectos modernos: la generalización temprana del diptongo *ue*, que resulta ser un rasgo del dialecto de Burgos, mientras alrededor de esa zona central seguían luchando los tres diptongos primordiales;

b) El texto del *Cantar* muestra superada tal rivalidad (arcaísmo local de Medinaceli, región ubicada en las fronteras de Levante), pero en favor de *uo*, la variante más arcaica y la menos vulgar, y de ahí la más propia de la naciente lengua literaria. Mientras los juglares favorecían el diptongo, los notarios seguían apegados al monoptongo *o*, a título de latinismo. Pero es concebible que pronunciaran *uo* sin darse cuenta de la discrepancia, y así escribieran *o*. La coexistencia de *mucho, mocho* y *muecho* en el Fuego Juzgo presupone efectos de la ultracorrección. (Lástima que el autor se haya olvidado de mencionar en este contexto a *duecho*, el antiguo contrincante de *ducho* y *docho*: en conjunto, tres formas muy controvertidas).

Estas páginas elaboran la doctrina presentada dentro de un cuadro más amplio en los *Orígenes* y adoptan la técnica de aquella obra maestra de 1926³¹.

³⁰ La mejor prueba de que le sobraba la razón a Menéndez Pidal en su interpretación (contraria a la de Amado Alonso) de la fórmula épica es que (lo digo por cuenta mía), en antiguo portugués tardío, su equivalente muestra *si* atenuado en *se*, no transformado en *sim*. Discuto las vicisitudes de *deçir* en un artículo en prensa ("Etimología y trayectoria del verbo ant. esp. *deçir*, port. *descer* 'bajarse'", destinado al *Homenaje a Josep M. Solà-Solé* que prepara en la actualidad la Editorial Puvill de Barcelona).

³¹ Me ciño a un solo reparo: a pesar de la huella que ha dejado [uô] en una exigua zona dialectal moderna, es muy inverosímil que

VII

Según opinión unánime de compatriotas y extranjeros, el primer y único tomo de los *Orígenes del español* (1926) es la obra maestra por excelencia de Menéndez Pidal. Muy lejos de representar una ampliación del *Manual de gramática*, que había sido, allá por 1904, una excelente adaptación o aplicación de teorías, métodos y técnicas desarrolladas en países más adelantados (como lo eran en aquel entonces, Francia, Italia y los tres de lengua alemana), los *Orígenes* ya lucían un estilo de documentación enteramente original y daban fe de una filosofía de lingüística histórica sorprendentemente nueva y, además, muy personal. Así, no causa sorpresa que el autor haya dedicado a la revisión nada apresurada de tal obra predilecta buena parte de los años cuarenta. Y como la dirección que tomó esta reelaboración no se comprende bien sin previo conocimiento del origen de los *Orígenes* (perdónese el retruécano), conviene de-

haya existido tal diptongo en la época preliteraria. No se necesita en absoluto como eslabón o enlace entre [ou] y [ue]: a buen seguro, la transición se realizó bajo la presión del otro diptongo de estructura simétrica, *ie.*— Entre las demás materias discutidas descuellan: la pretendida dislocación del acento; la interpretación de *-et-* como grafía latinizante de *-it-*; el análisis de la [ž] en el *Cid* (*fijo, ojo*) como rasgo debido a la modernización y ajeno a la lengua del autor medieval (nótese la observación contundente: “La propagación de la *j* va más atrasada que la difusión de la *ch*”, p. 1198); la larga convivencia de *-md-* y *-nd-*, así como de *-ml-* y *-mbl-*, como respectivas resoluciones de los grupos *m't* y *m'l*, y la prolongada rivalidad de *plazdo*, *plazto* y *plazo* (productos rivales indígenas de *PLACTU*) frente al aragonesismo *ple(y)to*, brote paralelo de la misma voz latina; la pronunciación de la *z* final de palabra (¿sorda o sonora?), pasaje que contiene una revisión (pp. 1199-1200) del análisis previo del propio autor “no era uniforme... dependía de la fonética sintáctica”; examen de los patronímicos en *-ez*, *-oz* y *-az*, decisivo para una monografía ulterior del mismo autor; la apócope del pronombre personal y la del verbo (dos agregados que, desgraciadamente, andan separados; conviene que tenga presente el conjunto quienquiera se ponga a juzgar los tanteos de R. Lapesa); etc.

dicar algunas líneas a la prehistoria de esta piedra angular de la lingüística española de la primera mitad del siglo xx.

Por extraño que parezca, esa prehistoria comenzó en un país lejano, Suecia, con la publicación —en francés— de una obra (repito: ejemplar) del romanista de Uppsala, Erik Staaff: *Étude sur l'ancien dialecte léonais d'après des chartes du XIII^e siècle* (1907). A este libro, marcado tanto por un extraordinario rigor paleográfico cuanto por un análisis muy agudo, Menéndez Pidal consagró una de sus más penetrantes reseñas, en conjunto muy halagüeña, a pesar de alguno que otro desacuerdo serio³². Lo curioso es que Staaff, individuo de gustos e intereses muy variados y, al parecer, deseoso de evitar cualquier exceso de especialización estrecha, apenas si volvió a temas exclusivamente hispánicos en los treinta años que le quedaron de vida activa. En cambio, Menéndez Pidal, a raíz de este encuentro, no tardó en proceder a reorganizar todo su programa de investigación propia y aun el rumbo en que comenzaba a moverse, bajo su dirección, el Centro de Estudios Históricos recién fundado. Lanzó una nueva serie de *Documentos lingüísticos de España*, poniéndose a preparar él mismo el primer tomo: *Reino de Castilla* (Madrid, 1919 [-21]), otro modelo de escrupulosidad paleográfica³³, y persuadió a sus discípulos mejor preparados a prestarle ayuda en esta nueva hazaña intelectual que vislumbraba. Tomás Navarro Tomás, que de muy joven ya había realizado ciertos trabajos de carácter medio filológico, medio dialectológico en el Alto Aragón³⁴, se comprometió a preparar para la publi-

³² Véase la (difunta) *Revue de Dialectologie Romane* (de Hamburgo), 2 (1910), 119-130. La reseña figura entre los más logrados opúsculos del crítico.

³³ Aunque la portada dice "1919", me consta que el libro entero no salió antes de 1921, atraso que se debe al muy elevado nivel de exactitud tipográfica que ese libro, en efecto, alcanzó.

³⁴ Acerca de esta fase —relativamente poco conocida— de su labor, que precede a su conversión a la fonética, me explayo en un ensayo necrológico; véase *RPh*, t. 34, número especial (febrero 1981), pp. *98-115: "A Hispanist Confined to his 'Inner Castle': Tomas Navarro Tomás (1884-1979)".

cación, con todo esmero, un tomo de documentos lingüísticos de aquella región, empresa que avanzaba con muy inoportuna lentitud, terminando algo anticlimácticamente, tras treinta y cinco años de espera, con la publicación parcial —y menos analítica de lo previsto— de los *Documentos lingüísticos del Alto Aragón* (1957), libro patrocinado por el “Centro de Estudios Hispánicos” de Syracuse University en el estado de Nueva York; las circunstancias del atraso explican que, a fin de cuentas, provocara escaso interés³⁵. Américo Castro y Federico de Onís, animados por D. Ramón, se lanzaron a publicar el primer tomo (1916) de una colección de *Fueros leoneses* como suplemento del material ya reunido por Staaff; esta rama del proyecto no estaba destinada a rendir otros frutos³⁶. En cuanto al pro-

³⁵ Según me contó Tomás Navarro allá por 1940, ya la primera versión de los *Orígenes* de Menéndez Pidal se refería repetidas veces a los aludidos materiales aragoneses (en preparación). Es altamente improbable que haya aumentado tal deuda del maestro para con su antiguo discípulo en las postrimerías de la primera mitad del siglo, por no haber salido a luz todavía los *Documentos del Alto Aragón* cuando D. Ramón revisaba sus *Orígenes* con toda energía. Sabido es que el libro de Navarro Tomás no es más que un torso de lo que se iba planeando a partir de 1920, careciendo de todo estudio preliminar basado en una colección de materiales tan valiosos y transcritos con tanta atención al detalle.

³⁶ El libro en cuestión es *Fueros leoneses de Zamora, Salamanca, Ledesma y Alba de Tormes*, edición y estudio de..., Madrid, 1916. Sabido es que de ahí adelante la iniciativa en el estudio lingüístico de los fueros pasó al profesor de Estocolmo Gunnar Tilander (quien, empero, hizo hincapié en el material navarro-aragonés). Américo Castro emprendió alguno que otro trabajo dialectológico-folklórico-etnográfico en Sanabria, aprovechando sus notas de explorador para su extensa reseña del *REW*¹ en la *RFE*; pero desistió de la elaboración y publicación de esos cuadernos ante el *fait accompli* de varios libros de Fritz Krüger, que salieron con una eficacia y puntualidad “prusianas” rara vez vistas en España. Amargado, Castro abandonó su papel de investigador de los dialectos peninsulares del oeste (y del judeo-español de Marruecos), dedicándose de allí adelante, con un nuevo equipo de colaboradores (G. Sachs, Joan Corominas), a la preparación de un diccionario etimológico y de la edición crítica de tres glosarios latino-españoles de la Edad Media. Fe-

pio iniciador del proyecto "en gran escala", apoyándose en una colección de documentos de archivo en gran parte inéditos y no siempre de fácil acceso, en ciertas glosas recién descubiertas en un manuscrito de San Millán³⁷, y en todo lo que se le había acumulado en treinta años de pesquisa incansable, dedicó unos ocho años (1919-1926) de labor ininterrumpida y sumamente concentrada a la preparación del tomo I de los *Orígenes*. De pasada sea observado que la selección de un título feliz le costó no pocos quebraderos de cabeza y que su decisión final, tomada tras largo titubeo, no me parece enteramente satisfactoria³⁸. De todos

derico de Onís se desentendió por completo de cualquier variedad de pesquisa filológica después de su traslado al Nuevo Mundo, allá por 1912; creo que su último esfuerzo en la vieja dirección fue el trabajito —bien redactado— con que contribuyó a la miscelánea [*Henry*] *Todd Memorial Volumes: Philological Studies*, ed. John D. Fitzgerald y Pauline Taylor, New York, 1930, t. 2, pp. 63-69: "Notas sobre el dialecto de San Martín de Trevejo [prov. de Cáceres]". (Este homenaje ya estaba listo para la imprenta hacia 1925.)

³⁷ Verdad es que las glosas silenses ya habían sido publicadas, de manera adecuada en lo diplomático, aunque sin comprensión verdaderamente profunda de la extraordinaria riqueza del material sacado a luz, por J. Pribsch en la *ZRPh*, 19 (1895), 1-40.

³⁸ Esta vacilación se infiere de ciertos anuncios preliminares del libro, bajo otro título: *El español en los siglos x y xi*, exactísimo. En un curso que Tomás Navarro Tomás dictó en Columbia University (primavera de 1940) advirtió agudamente la semejanza de tres títulos: *Del origen y principio de la lengua castellana o romance...*, de Bernardo Aldrete (Roma, 1606); *Orígenes de la lengua española, compuestos por varios autores, recogidos por...*, del polígrafo Gregorio Mayáns y Siscar (Madrid, 1737); y los *Orígenes del español* que están en el tapete de la discusión. ¿Imitación deliberada? De todos modos, los verdaderos orígenes del español coinciden, desde luego, con la época de las guerras púnicas y nada tienen que ver con los siglos ix-xi, en que, por otra parte, comenzó a perfilarse el individualismo de la zona burgalesa y, por lo tanto, del dialecto castellano. Sabido es que D. Ramón tenía una fuerte simpatía por el término "español" en merma de "castellano" y que, a instancias suyas, la Real Academia Española modificó el título de su diccionario en esta dirección. Pero en el contexto que nos ocupa, la visión del español embrionario no armoniza con el principio de la Reconquista.

modos, el subtítulo describe con mayor exactitud lo que el libro, de hecho, brinda al lector: *Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*³⁹. Merecidamente, el libro tuvo éxito instantáneo, de manera que a los tres años se agotó. La segunda edición (1929) no es más que una reimpresión, con el agregado de algunas breves pero jugosas observaciones en el Suplemento⁴⁰.

¿Cómo pensaba Menéndez Pidal, en 1929, continuar y llevar a cabo sus *Orígenes*? Él mismo contestó a esta pregunta, revelando sus planes para el porvenir en el último apartado, brevísimo, de su prefacio ("Al lector", p. VIII): "El tomo II contendrá un Glosario de voces usadas en este período de orígenes" (es decir, en los siglos X y XI). Hay más: ya se le habían acumulado materiales, sin duda muy valiosos, para tal empresa lexicográfica. Esto se puede inferir de las Adiciones de la segunda edición; de vez en cuando el autor anima al futuro lector a que consulte dicho Glosario, inexis-

³⁹ De este libro se desgajó un sector que, por lo visto, se prestaba fácilmente a la divulgación: *El idioma español en sus primeros tiempos*, Madrid, 1927. Véase más arriba.

⁴⁰ A esta técnica de agregar al final de un libro unas pocas observaciones sueltas postergadas ya había acudido D. Ramón con motivo del tercero y último tomo (1911) de su edición del *Cid*. El Suplemento (pp. 575-585) que preparó para la segunda edición de sus *Orígenes* abarca varios temas; he aquí un surtido: Observaciones de toda clase hechas a la primera edición por los reseñantes de ella: F. Krüger, H. Keniston, E. Staaff, A. Meillet, A. Castro, W. von Wartburg y W. Meyer-Lübke; interpretación del diptongo *ai* en la voz *maison* (lejos de ser un provenzalismo, ha de ser un arcaísmo mozárabe); polémica, en clave rebuscadamente cortés, con Erik Staaff como autor del artículo "Réflexions sur la diphtongaison en espagnol" (1928); examen de la idea de la "equivalencia acústica", a la luz de un dictamen de A. Meillet; reacción a nuevos estudios (J. H. English, W. von Wartburg) sobre las raíces ibero-vascas del cambio de la *f* en *h*; polémica con G. Rohlfs y W. von Wartburg en torno a las cuatro supuestas manifestaciones del substrato osco (y las correlaciones demográfico-culturales entre España y la Italia meridional). Como consecuencia del lentísimo ritmo de la impresión de los *Orígenes* (mayo 1923-julio de 1926), no faltaron contextos en que el *Manual* de 1925 encerraba una formulación más adelantada que los *Orígenes*; a tales paradojas se refirió el autor en 1929.

tente en el momento de la redacción⁴¹. Ignoro en absoluto lo que se haya hecho de aquel acopio de materiales⁴².

Según ya nos consta, en los años 1926-36 el entusiasmo de D. Ramón por la labor lingüística, tal vez por reacción a un esfuerzo excesivo en el decenio precedente, iba aflojando. De todos modos, el torso del aludido Glosario que había dejado en Madrid, si es que sobrevivió en la conflagración de la Guerra civil, no era como para seducirle, en 1939, a reanudar esa labor. Decidió, allá por 1945, ampliar su libro al hacerlo parte de las *Obras completas*, como t. VIII, que de hecho salió en 1950, ya sin cualquier promesa de una continuación ulterior. Pero lo que más caracteriza esta tercera edición ("muy corregida y adicionada", según declara la portada), es, según veremos, el extraordinario refuerzo de la componente mozárabe.

Sobre los mozárabes ya estaban relativamente bien enterados ciertos eruditos españoles hacia fines del siglo pasado; testigo, el conocido libro de Francisco Javier Simonet (1889), más fidedigno en el plano filológico que en el estrictamente lingüístico. Lo que explica en parte la radical reorientación de D. Ramón allá por 1945 no fue, por lo tanto, el descubrimiento de una veta enteramente desconocida hasta entonces, sino más bien el deseo de tribu-

⁴¹ Así, en la p. 577 se cita el previsto Glosario con motivo de *trocir* < *trādūcere* y de *topaso* (*tau-*, *tao-* *posum*); en la p. 582 reaparece el fantasma del Glosario con motivo de *magguelo*, uno de los ejemplos más antiguos de *gg* en Castilla; lo que más aguja el apetito es alguna que otra indicación de la solución etimológica anticipada; lástima, por consiguiente, que, a propósito de *trocir*, yo no haya referido al lector al pasaje en cuestión ni en la *NRFH*, 10 (1956), 385-395, ni en la *Corónica*, 12:1 (1983), 92-106, donde me ocupé del verbo aludido, enumerando propuestas anteriores.

⁴² En particular no sé si lo han podido aprovechar quienes preparaban, en los años treinta, el *Diccionario Etimológico* del Centro. De todos modos, la obra que más se acerca a aquel Glosario inédito de D. Ramón es un libro inspirado por el magisterio de dos discípulos de él radicados entonces en Norteamérica, Antonio G. Solalinde y A. Castro, a saber: Víctor R. B. Oelschläger, *A medieval Spanish word list; a preliminary dated vocabulary of first appearances up to Berceo*, Madison, WI, 1940.

tar un homenaje al erudito español a quien quizá más estimaba entre sus contemporáneos, el ilustre orientalista Miguel Asín Palacios (1871-1944). Se trataba de una vieja y sólida amistad. Sabido es que el t. I (de 1914) de la *Revista de Filología Española* se inauguró con un brillante artículo de D. Miguel⁴³. Ahora bien, daba la casualidad de que un año antes de la muerte de Asín Palacios salió uno de sus libros más importantes, de particular relevancia para los estudiosos del dialecto mozárabe: *Glosario de voces romances, registradas por un botánico anónimo hispano-musulmán (siglos XI-XII)* (Madrid y Granada)⁴⁴; al año siguiente, salió a luz su último libro, la segunda edición de la *Contribución a la toponimia árabe de España*. Creo no equivocarme al formular la sospecha de que el inesperado rumbo que siguió, entre 1945 y 1950, la ampliación de los *Orígenes* fue, por lo menos en parte, motivado por el fuerte y noble deseo de D. Ramón de extraer, de las últimas obras de un amigo tan querido como admirado, cuanto se prestaba para un remozamiento de las indagaciones sobre el período primitivo de la lengua española.

Aclarados esos particulares a título de proemio, quisiera comparar, con la pedantería que se impone en tales circunstancias, la versión original de los *Orígenes* (que abarcaba 574 páginas de texto), con la versión definitiva, libro ampliado y provisto de un magnífico índice alfabético⁴⁵,

⁴³ Menciono de pasada el detalle anecdótico que entre 1939 y 1944 (es decir, durante el último quinquenio de su vida) D. Miguel actuó de presidente de la Real Academia Española, volviendo a desempeñar tal cargo inmediatamente después Ramón Menéndez Pidal, quien así vio restaurado su rango de penguerra.

⁴⁴ En parte como repercusión de la Segunda guerra mundial, se publicaron escasas y nada profundas reseñas de ese libro fundamental. Constituyen una excepción los "Comentarios al *Glosario de voces romances*" de Pío Font y Quer, opúsculo (1950) de unas 24 páginas que salió en Barcelona, en las *Memorias de la Real Academia de Ciencias y Artes*, t. 30:9.

⁴⁵ Colaboraron en este índice R. Lapesa, M. Muñoz Cortés y —ya en el seno de la familia de D. Ramón— su sobrino Álvaro Galmés de Fuentes así como su nieto Diego Catalán. Además existía en la bi-

miendas representaba la labor personal de Menéndez Pidal a mediados y fines de los años cuarenta —y fue este resto lo que, incontestablemente, seguía dando el tono al monolítico conjunto de la refundición.

He aquí lo que nos autoriza a sacar en claro la comparación sumaria de los índices generales de las sucesivas redacciones (las de 1926-1929 frente a la de 1950) de los *Origenes*. Se conservó la división básica en cuatro secciones: A) Textos; B) Gramática; C) Regiones y Épocas; D) Conclusiones, y quedó sin cambio alguno la estructura semibre de la primera⁴⁸.

Merece elevada atención la sección segunda, la que versa sobre la gramática *lato sensu*, ya que en ambas redacciones ocupa mayor número de páginas que las otras tres juntas. Cae, por razón de su extensión, en varias partes, recorriendo el vasto terreno que abarca desde la grafía hasta (por extraño que parezca) la lexicología. Ahora bien, de estas partes de la "gramática" conservaron su estructura original: la grafía; dentro de la fonética, las peripecias del diptongo *au*, etc. En la fonética, el índice general señala como nuevo tema, con motivo del diptongo *ai*, "La duración multisecular de este cambio fonético", pero en efecto no se produjo ningún aumento u otro cambio en el propio texto: sin agregar nada esencial, el autor se limitó a poner de mayor relieve una de sus observaciones predilectas. Pero con motivo de la diptongación de *õ*, que corresponde al § 24, el autor agregó al final unas seis páginas bien apretadas y que rebosan de información nueva: no causará sorpresa descu-

cuarta (1956) —que, es cierto, no es más que la reproducción fotográfica de la tercera— casi nula. La quinta data de 1964. Véanse a este propósito: Á. GALMÉS DE FUENTES, *Al Andalus*, 16 (1951), 238-250; V.R.B. OELSCHLÄGER, *Hispania*, 36 (1932), 122 y s.; EDWIN B. PLACE, *Speculum*, 27 (1952), 110 y s.; y G. ROHLFS, *ASNS*, 189 (1952-53), 91 y s.

⁴⁸ Que abarcaba las dos colecciones de glosas arcaicas (la de San Millán y la de Silos) y, por añadidura, una selección de documentos de tierra de León, de la frontera oriental de León, de Castilla y de Aragón.

pero que —curiosa paradoja— de hecho está reducido a sólo 545 páginas de texto; verdad es que la imprenta recurrió esta vez a un tipo más pequeño. Ello es que, al lado de los inevitables agregados, se efectuaron también varios cortes, en parte considerables, para mantener el equilibrio y la economía.

Las correcciones de detalles —desde luego, no marcadas tipográficamente y por eso mismo nada fáciles de averiguar— se deben en gran parte a la atenta lectura de la versión precedente del libro (la de 1929) por parte de Rafael Lapesa, cuya aportación personal en este caso particular debió de ser tanto mayor como que él, precisamente por aquellos años, dedicaba mucho tiempo, en el marco de sus propias pesquisas, a la lengua de los fueros municipales, que hasta cierto punto corre parejas con la de los documentos notariales⁴⁶. Coadyuvaron las numerosas reseñas de las dos ediciones anteriores de los *Orígenes* que por entonces se habían acumulado; las enumera el propio autor en el agregado de 1950 a la previa advertencia al lector —se trata decididamente de un impresionante desfile de nombres en gran parte muy prestigiosos⁴⁷. El resto de las en-

bliblioteca particular de Menéndez Pidal un índice inédito de voces aducidas en la segunda edición, compilado por un entusiasta lector suizo, Ernst Oberhänsli.

⁴⁶ Me refiero ante todo, pero no exclusivamente, a su nutrida monografía de 1948, *Asturiano y provenzal en el Fuero de Avilés*, cuyos méritos ponderé en *HR*, 19 (1951), 81-86. Ya se habló de la ayuda que había prestado Lapesa, ejemplar alumno, a Menéndez Pidal con motivo de la reelaboración del *Manual*, en 1940. Agréguese el papel crucial que desempeñó, en colaboración con María Soledad de Andrés, al acabar y revisar los dos tomos de la *Crestomatía del español medieval*, Madrid, 1965 y 1966 (la "Presentación" fechada en diciembre de 1964), viviendo aún el antologista. Aunque esta crestomatía, a diferencia de los *Old Spanish Readings* de Jeremiah D. M. Ford (ediciones de 1911 en adelante), carece de un esbozo de gramática histórica y de un glosario, su esmerado y copioso aparato de variantes encierra implícitamente un fuerte ingrediente de análisis lingüístico.

⁴⁷ A la inversa, la tercera edición recibió mucho menos atención crítica por parte de las revistas eruditas de la que merecía, y la

miendas representaba la labor personal de Menéndez Pidal a mediados y fines de los años cuarenta —y fue este resto lo que, incontestablemente, seguía dando el tono al monolítico conjunto de la refundición.

He aquí lo que nos autoriza a sacar en claro la comparación sumaria de los índices generales de las sucesivas redacciones (las de 1926-1929 frente a la de 1950) de los *Origenes*. Se conservó la división básica en cuatro secciones: A) Textos; B) Gramática; C) Regiones y Épocas; D) Conclusiones, y quedó sin cambio alguno la estructura semibre de la primera⁴⁸.

Merece elevada atención la sección segunda, la que versa sobre la gramática *lato sensu*, ya que en ambas redacciones ocupa mayor número de páginas que las otras tres juntas. Cae, por razón de su extensión, en varias partes, recorriendo el vasto terreno que abarca desde la grafía hasta (por extraño que parezca) la lexicología. Ahora bien, de estas partes de la "gramática" conservaron su estructura original: la grafía; dentro de la fonética, las peripecias del diptongo *au*, etc. En la fonética, el índice general señala como nuevo tema, con motivo del diptongo *ai*, "La duración multisecular de este cambio fonético", pero en efecto no se produjo ningún aumento u otro cambio en el propio texto: sin agregar nada esencial, el autor se limitó a poner de mayor relieve una de sus observaciones predilectas. Pero con motivo de la diptongación de *õ*, que corresponde al § 24, el autor agregó al final unas seis páginas bien apretadas y que rebosan de información nueva: no causará sorpresa descu-

cuarta (1956) —que, es cierto, no es más que la reproducción fotográfica de la tercera— casi nula. La quinta data de 1964. Véanse a este propósito: Á. GALMÉS DE FUENTES, *Al Andalus*, 16 (1951), 238-250; V.R.B. OELSCHLÄGER, *Hispania*, 36 (1932), 122 y s.; EDWIN B. PLACE, *Speculum*, 27 (1952), 110 y s.; y G. ROHLFS, *ASNS*, 189 (1952-53), 91 y s.

⁴⁸ Que abarcaba las dos colecciones de glosas arcaicas (la de San Millán y la de Silos) y, por añadidura, una selección de documentos de tierra de León, de la frontera oriental de León, de Castilla y de Aragón.

brir que se trata exclusivamente del mozárabe sevillano, valenciano y mallorquí.

Pasando a las vocales finales, se observan casos de redacción más pulida (así, en vez de una pregunta: "¿En Aragón se perdía habitualmente [la -u latina]?", se lee una aseveración cautelosa: "Aragón vacila entre la conservación y la pérdida", pero tampoco falta alguno que otro cambio de fondo. Así se agrega en el índice, como tema aparte, "Primeros ejemplos de pérdida [de -e, -i] tras consonantes difíciles", y el texto del § 38, de hecho, luce varios retoques.

Como ejemplo del traslado de la discusión de un problema entero a otro libro, vuelvo a mencionar el segundo análisis de los sufijos átonos, el cual, conforme nos consta, figura a partir de 1952 en la *Toponimia* del autor, y de ninguna manera en el remozamiento de los *Orígenes*.

Siendo inagotable el tema de la revisión de este libro, me ciño de aquí en adelante a unas pocas observaciones fundamentales. El autor se empeñó mucho en pulir las Conclusiones (es decir, la cuarta y última parte), haciendo hincapié cada vez más en el estado de un proceso lingüístico y enlazando el tal estado preferentemente con la acción del substrato. Así, el examen pormenorizado de las redacciones rivales de esta sección programática formaría una espléndida base para un trabajo futuro sobre las teorías diacrónicas del autor en su papel de lingüista. Agrego que Menéndez Pidal, fortalecida con notable lucidez su posición anterior, por acarreo de nuevos datos y formulaciones más enérgicas de sus teorías, no se arrepintió de lo que, para sus lectores de hoy, representa la mayor falla de su libro entero, tan original y rico en hallazgos individuales: el uso del método selectivo. Como discute, por ej., ciertos fonemas y otros no, resulta difícil suprimir la sospecha de que otro surtido de temas hubiera producido resultados muy distintos⁴⁹.

⁴⁹ El mismo reproche se puede hacer a W. von Wartburg, precisamente en lo que atañe a sus "teorías" (1932-1952) sobre la *Ausgliederung*. Se trata de largos hilos de observaciones en general útiles y bien fundadas que, estando basadas en una selección ente-

VIII

En las siete secciones precedentes no hemos agotado —ni mucho menos— los trabajos lingüísticos de Menéndez Pidal que salieron revisados después de 1939; pero el material omitido abarca estudios anteriores ampliados más bien que revisados (por ej., provistos de prólogos, anotaciones, glosarios, etc.) por colaboradores más jóvenes⁵⁰. Por lo tanto, no reflejan ningún pensamiento innovador por parte del propio autor.

Los eslabones verdaderamente nuevos de la gran cadena de obras y opúsculos son, en gran parte, posteriores a la nueva redacción de los *Orígenes*, jalonándose ante todo por los años 1952-1962. Quizás sea el último trabajo de gran envergadura e impresionante originalidad el que salió en el tomo tercero y último (Canarias, 1962; pp. 99-166) de la *Miscelánea-Homenaje a André Martinet* lanzada por el

ramente arbitraria de fenómenos, desde luego no llega a formar un expediente impecablemente organizado.

⁵⁰ Se trata, en lo esencial, de dos libros que recogen, con agregados, trabajos anteriores de Menéndez Pidal esparcidos por varios números de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (tercera época) y por alguna que otra miscelánea, de difícil acceso, ante todo en el extranjero: a) *Poema de Yúçuf; materiales para su estudio* (Colección Filológica, t. I), Universidad de Granada, 1952, contiene, además del caluroso proemio de Manuel Alvar, director de la serie así encabezada, un utilísimo índice de palabras (pp. 143-150, en dos columnas), con una selección de bases etimológicas; y b) *El dialecto leonés* (1962), tentativa de reunir en un solo tomo α) el artículo de 1906, que llevaba el mismo título y salió en la susodicha revista, con β) un trabajo juvenil que correspondió al período de aprendizaje de D. Ramón en el terreno dialectológico: "Notas acerca del bable de Lena", un folleto de 36 páginas (Gijón, 1899) publicado antes como contribución a la obra colectiva *Asturias*, organizada por O. Bellmunt y F. Canella, Gijón, 1897. El prólogo, las notas y los apéndices (que incluyen una bibliografía de ocho páginas) de la reimpresión se deben a Carmen Bobes; no toma en cuenta los estudios realizados en los años cincuenta. El libro, impreso con amabilidad y fácil de manejar, salió en Oviedo, bajo la responsabilidad técnica del Instituto de Estudios Asturianos (y bajo el patrocinio del Consejo Superior de Investigaciones Científicas).

nieto del autor: "Sevilla frente a Madrid; algunas precisiones sobre el español de América"⁵¹. En aquella etapa de su vida se produjo cierto cambio, al parecer inevitable: mientras que en sus mejores años el temperamento de Menéndez Pidal le dictaba la norma de evitar la colaboración abierta con colegas y discípulos, a excepción de alguna que otra reseña escrita con Américo Castro o de un trabajo breve cuyo tema exigía la autoría de un equipo más bien que la "paternidad" individual⁵², la situación se mudó bruscamente tan pronto como Menéndez Pidal se acercó a la edad de los noventa. Así debemos a la colaboración de Antonio Tovar el que se hayan sacado en limpio y publicado sin demora dos estudios del patriarca de los romanistas en aquel entonces, ambos dedicados a la derivación mediante sufijos: "Los sufijos con *-rr-* en España y fuera

⁵¹ De ese estudio se ocupó María Beatriz Fontanella (la futura señora de Weinberg) en una de sus primeras reseñas, que salió en *Thesaurus*, 19 (1964), 344-347 —fruto de su breve enlace con el Instituto Caro y Cuervo; agréguese el extenso comentario, desde luego muy halagüeño, que le dediqué en el libro *Linguistics and Philology in Spanish America: A Survey (1925-1970)*, El Haya y París, 1972, pp. 43 y s.— tema a que volví, con numerosas alusiones a la obra tardía de Menéndez Pidal, en el artículo "Changes in the European languages under a new set of sociolinguistic circumstances" con que contribuí a la miscelánea *First images of America: The impact of the New World on the Old*, ed. Fredi Chiappelli (y otros), Los Ángeles, 1976, pp. 581-594. Por supuesto, ignoro en absoluto la fórmula de colaboración entre abuelo y nieto en lo que atañe a "Sevilla frente a Madrid".

⁵² Buen ejemplo de ello es el artículo de tema hispanoarábigo que escribió Menéndez Pidal en colaboración con Emilio García Gómez: "Sobre la etimología del nombre del bastardo *Mudarra*", *Al Andalus*, 16 (1951), 87-98. En un pasado ya muy remoto, colaboraron A. Castro y Menéndez Pidal, por lo menos, una vez como críticos: al reseñar, en la *RFE*, 8 (1921), 181-184, el conocido libro (tesis de la Universidad de París) de H. GAVEL, *Essai sur l'évolution de la prononciation du castillan...* No me refiero aquí a ningún caso de colaboración tácita, ya que ignoro los particulares; salta a la vista el papel que debió de desempeñar el director de la *RFE* en la redacción del artículo de Amado Alonso sobre la subagrupación del catalán.

de ella, especialmente en la toponimia” y “Los sufijos españoles en -z, y especialmente los patronímicos”⁵³. Huelga insistir en que ambos están a caballo de los estudios onomásticos del autor, ya cernidos en parte con motivo de la ojeada que acabamos de echar a su *Toponimia* del año 1952⁵⁴.

¿Cómo se puede categorizar mejor el material que nos proponemos examinar? Se reconocen con toda claridad dos grupos distintos de trabajos. Uno, de tono o carácter a veces ensayístico, abarca cuanto Menéndez Pidal escribió por iniciativa ajena: por un lado, los prólogos que propuso a varios libros ora de amigos y colegas, ora de iniciadores de misceláneas, actas de congresos, etc.; por otro, alguna

⁵³ El primero de estos trabajos (¿escritos o esbozados para encajar en aquella monumental *Historia de la lengua española* con que nunca dejó de soñar D. Ramón?) salió en el *BRAE*, 38 (1958), 161-214; el segundo en la misma revista, t. 42 (1962), 371-460, dando lugar a una sola reseña, por parte de una hispanista por cierto no muy autorizada para tarea tan técnica (Anna María Gallina, en los *Studi di Lingua e Letteratura Spagnola* de la Facultad del Magisterio de Turín, del año 1965, pp. 391-396.

⁵⁴ Conviene insistir en que el interés por la toponimia no agotaba la curiosidad del autor por la onomástica. De vez en cuando prorrumplía, aun en guisa medio jocosa, esa dimensión de su sed intelectual; así, no titubeó en dar el título chistoso “*Menendus*” a su nota sobre el tipo visigótico *Erme(ne)gildus*, *Menigildus* en la *NRFH*, 3 (1949), 362-371, con motivo de sus ochenta años (provocando, a título de complemento o de respuesta, el artículo de Corominas sobre “Pidal” en los *Estudios dedicados a M.P.*, t. 1, 1950, pp. 19-20). En alguno que otro trabajito que cae en los años que indagamos D. Ramón optó por el uso del término más comprensivo “onomástica”; sirva de ejemplo la nota que escribió a ruego de los directores de los *Cuadernos del Idioma* para el primer número de la tal revista: “Onomástica inspirada en el culto mariánico”: t. 1 (1965), 9-16. Así se explica de seguro que M. García Blanco se haya decidido a ofrecer a los lectores de *Onoma*, 7 (1956-57 [1960]), 253-259, una breve apreciación de conjunto bajo el título “Don Ramón Menéndez Pidal y los estudios de ciencias onomásticas”. Así y todo, conviene admitir que la escuela española de la filología románica, que yo sepa, no ha producido ninguna síntesis ni remotamente comparable —en cuanto al ámbito y a la riqueza de documentación— a la *Antroponimia portuguesa* (1928) de J. Leite de Vasconcelos.

que otra contribución de tipo convencional a un homenaje ("Festschrift") en honor de un colega, quedando estipulado de costumbre el máximum que podía alcanzar el artículo en cuestión, algunas veces en merma de consideraciones científicas. A la segunda categoría pertenecen los estudios, más extensos de ordinario, que el autor escribió por su propio impulso, fijando el plazo, la extensión, el tema y las demás condiciones conforme a su gusto personal y a las exigencias inherentes al problema escogido. Substrayendo estas dos categorías principales, nos quedaremos con un pequeño residuo de publicaciones difíciles de clasificar; por ej., su carteo con ciertos colegas ya difuntos, partes del cual salieron todavía en vida del autor —tal vez como una de las consecuencias, de gusto a mi modo de ver dudoso, de su longevidad excepcional.

IX

Por cierto, no era nada realmente nuevo para Menéndez Pidal cultivar, a la zaga de su regreso a España, el arte, medio científico medio diplomático, de cartas-prólogos, proemios, ofrecimientos y otros géneros chicos por el estilo: sencillamente reanudó una actividad consagrada por una vieja tradición⁵⁵, menos la preparación —sin duda, algunas

⁵⁵ Útiles ejemplos de tales antecedentes son (para el orden cronológico y otros detalles bibliográficos sigo la pauta de M. L. Vázquez de Parga) los prólogos o cartas-prólogos a J. CASARES, *Crítica efímera (divertimientos filológicos)*, Madrid, 1918, pp. 13-16 (véase más abajo); a P. HENRÍQUEZ UREÑA, *La versificación irregular en la poesía castellana*, Madrid, 1920, pp. v-vi (algo ampliado en la 2a. ed., del año 1933); a R. LENZ, *La oración y sus partes*, Madrid, 1920, pp. v-vi; a A. FARINELLI, *Ensayos y discursos de crítica literaria hispano-europea*, Roma, 1925, pp. 7-10; a T. NAVARRO TOMÁS y A. M. ESPINOSA [PADRE], *Primer of Spanish Pronunciation*, Chicago, 1925 pp. v-ix; a C. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *Estampas de la vida en León durante el siglo X*, Madrid, 1926, pp. vii-xv. Esta última descuella por su extensión y lleva un título aparte ("Prólogo sobre el habla de la época"). No creo sea pura coincidencia: aun en sus prefacios a trabajos

veces molesta— de necrologías obligatorias para el *Boletín* de la Academia. No se puede decir, y nadie hubiera previsto, que cada uno de tales prólogos, escritos a veces a vuelapluma, haya encerrado una revelación científica⁵⁴.

ajenos, Menéndez Pidal no se cansaba de subrayar su propio enlace genealógico con el territorio astur-leonés, y más particularmente con el Occidente de Asturias (nació en La Coruña). Respaldan esta sospecha los prólogos particularmente largos y de tono cariñoso que antepuso a empresas bastante modestas, como la obra de A. DE LLANO ROSA DE AMPUDIA, *Del folklore asturiano: mitos, supersticiones, costumbres*, Madrid, 1927 (véanse las pp. v-xii), y la de B. ACEVEDO Y HUELVES y M. FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ, *Vocabulario del bable de occidente*, Madrid, 1932. Nótese el interés paralelo de su hermano mayor Juan por la poesía popular asturiana. De ninguna manera vacilaba Ramón Menéndez Pidal en redactar prólogos a libros de tema hispánico publicados fuera de España y redactados en otros idiomas; verdad es que se trataba casi únicamente de trabajos de índole literaria, como —además del libro arriba citado de Farinelli— la traducción (“Versão em prosa”) del *Cid* al portugués que emprendió A. Lopes Vieira en 1929, o el manajo de ensayos de Ezio Levi (*Motivos hispánicos*) que salió en 1933 en Florencia.

⁵⁶ Pero es justo insistir en que tales prólogos manifiestan el excepcional diapasón de la activa curiosidad intelectual del prologuista. Me refiero, por ej., al apoyo que D. Ramón prestó de esta manera al primer tomo del *Diccionario español-rifeño* (1944) de Esteban Ibáñez que salió en Madrid a instancias del Ministerio de Asuntos Extranjeros; a los cinco años fue Julio Casares quien, a su vez, escribió el prólogo al segundo y último tomo, concebido en clave inversa, de esa obra de consulta bilingüe. Data igualmente de 1949 el prólogo que redactó Menéndez Pidal a la *Introducción a la historia lingüística de Valencia* de M. Sanchis Guarner, antiguo colaborador del Centro, por la cual había asumido la responsabilidad el Instituto Alfonso el Magnánimo de dicha ciudad. Pertenecen a los años cincuenta el breve “Ofrecimiento” de D. Ramón (pp. 163-165), que encabeza el memorial a Marco Fidel Suárez que salió en el t. 35 (1955) del *BRAE*, así como el Prólogo (“Presente y futuro de la lengua española”) que antepuso a las *Actas de la Asamblea de Filología del I Congreso de Instituciones Hispánicas*; el congreso se reunió en 1963, y las *Actas* se publicaron al año siguiente. Aunque se dirigen en primer lugar al historiador (mejor dicho, al estudioso de la prehistoria y la protohistoria), no dejan de encerrar cierto relieve para el lingüista de orientación diacrónica las introducciones de Menéndez Pidal a los primeros tomos de la *Historia de España*

Merecen señalarse como dos polos opuestos los respectivos prólogos que redactó D. Ramón a dos obras —difíciles de reconciliar— de carácter netamente lexicográfico: los *Divertimientos filológicos* de Julio Casares (quien, en aquella altura, no era más que un hábil y ágil columnista de diarios madrileños) y *Vox. Diccionario general ilustrado de la lengua española* de Samuel Gili Gaya. Ambos libros alcanzaron una difusión impresionante, logrando reimprimirse: éste por su marcada honradez, claridad y utilidad para cualquier lector culto; aquél por su notable finura de observación y amenidad estilística, atributos típicos de un crítico talentoso. (Nadie podía prever en 1918 el papel que había de desempeñar Casares como fundador del Seminario de Lexicografía patrocinado por la Academia Española). Ambos autores tenían indudable erudición histórica, pero podían lucirla en las obras aludidas —separadas por un cuarto de siglo— de modos muy distintos: de manera chispeante Casares y de manera metódica y paciente Gili Gaya⁵⁷.

Con anterioridad a estos dos compromisos hasta cierto punto paralelos, Menéndez Pidal se había ocupado de lexicología sólo en función de la gramática histórica, de la exploración dialectológica y de conjeturas etimológicas. Por cierto acudía a los “tesoros” de C. Oudin y de S. de Co-

lanzada, en 1952, por la Editorial Espasa Calpe; así, el t. I se ocupa de la invasión céltica y de las colonizaciones púnica y griega —en parte, a la luz de reliquias lingüísticas.

⁵⁷ Es mucha lástima que Casares no se haya dejado guiar por la paciencia, solicitando la ayuda a D. Ramón con ocasión de trabajos posteriores más serios, comenzando por el folleto del año 1921: *Nuevo concepto del diccionario de la lengua*. Sí consiguió recibir un prólogo de J. M. Pemán para *El idioma como instrumento y el diccionario como símbolo* (1944) y otro, de un colega extranjero nada menos ilustre que W. von Wartburg, para su *Introducción a la lexicografía moderna* (1950). Escarmentado por la dura lección que le había dado D. Ramón, no se empeñó en que algún filólogo de preparación rigurosa le regalase un prólogo a otra miscelánea ante todo amena: *Cosas del lenguaje: etimología, lexicología, semántica* (1943). Tampoco sucumbió a parecida tentación al lanzar su *Diccionario ideológico de la lengua española* (1942).

varrubias cuando las circunstancias se lo imponían, y desde finales del siglo pasado dominaba y practicaba el arte de preparar él mismo un glosario (exhaustivo en el caso del *Cid*) para un texto medieval. Pero la lexicografía moderna de enfoque sincrónico y, con frecuencia, didáctica, largo tiempo parecía tener escaso atractivo para él, a no ser que supongamos se tratase de un “estado latente” de su curiosidad. En el fondo, tal mentalidad de indiferencia se refleja todavía en el prólogo de 1918, que no carece de notas irónicas: ponderando a cada paso los méritos de Casares en términos muy generales, el prologuista consigue puntualizar y aun corregir varios errores o matizar alguna que otra afirmación, de modo que parece burlarse un poco de su víctima, en vez de protegerla. En lo que atañe a su prólogo, mucho más desarrollado, a *Vox* (1945, reimpresso en la edición de 1953), se repitió, en contra, el proceso que ya se había producido con motivo del *Manual de pronunciación española* (1918) de Tomás Navarro Tomás y de su adaptación posterior (1925) —en colaboración con Aurelio M. Espinosa— a la enseñanza del español en Norteamérica: habiendo comenzado D. Ramón por limitar su curiosidad, casi exclusivamente, a la fonética (o, como hoy se diría, la fonología) histórica, terminó por dejarse estimular por la fonética experimental y aun insertó algunos párrafos así concebidos en las últimas ediciones de su propio *Manual de gramática histórica española*. Es notable que un historiador de la talla de D. Ramón se haya dejado seducir, paulatinamente, por dos disciplinas esencialmente sincrónicas, primero la fonética como ciencia de laboratorio, y luego la lexicografía aplicada, en el sentido de descriptiva más que de didáctica, quedando igualmente comprensible su resistencia a toda clase de agudezas e ingeniosidades lexicográficas (que, desde luego, encantan y divierten a los literatos). Así, el prólogo de 1945 se convirtió en un panorama programático (no de balde lleva el título “El Diccionario que deseamos”). Después de una breve introducción tipológica (“Dos tipos de diccionarios”), el autor se expone principalmente sobre dos temas: a) el caudal

del diccionario ideal (pp. xiv-xix): voces literarias, neologismos y arcaísmos, tecnicismo, solecismo, localismo, etc., y *b*) el modo de exponer el caudal léxico (pp. xix-xxviii): etimología y fecha, orden de las acepciones, definición y sinonimia, localización, accidentes gramaticales, estimación afectiva, voces despectivas y eufemísticas y otras observaciones sobre diferencia de palabras. Se trata, en resumidas cuentas, del testamento lexicográfico de Menéndez Pidal, redactado a los setenta y cinco años de edad, sin antecedentes cualesquiera en la inmensa obra anterior del autor⁵⁸.

Sin saber nada de concreto sobre el asunto, me inclino a dar por altamente probable que D. Ramón a menudo se veía obligado a rechazar, con suavidad, ciertas solicitudes de prólogos. De ser así, resultarían doblemente significativos los contextos en que accedía a tales pedidos. Así, a primera vista puede causar extrañeza su decisión de recomendar al lector una obra de consulta tan técnica (y, por añadidura, tan lejana del círculo de sus propios intereses) como un diccionario español-rifeño, compilado por un joven especialista, el P. Esteban Ibáñez, franciscano encargado de la enseñanza de lenguas bereberes en un Instituto de Estudios Marroquíes. Pero basta recordar la fecha de la publicación del primer tomo (1944) para darse cuenta de que, a principios de los años cuarenta, no había pasado largo tiempo después del retorno de D. Ramón a su hogar; siendo así que el largo viaje, para no decir destierro, al Nuevo Mundo y el consiguiente interés por las variedades ultramarinas del español (la lengua de Cristóbal Colón, quizá el primer esbozo de "Sevilla frente a Madrid") pudo despertar fácilmente la curiosidad de Menéndez Pidal por la expansión meridional del español y, de resultas, por la africanística.

⁵⁸ En la edición de 1953 de *Vox*, ampliada y mejorada, aparece un sucinto epílogo al exordio de Menéndez Pidal en que, colmando de elogios a su antiguo alumno D. Samuel, subraya las numerosas enseñanzas que caracterizan la nueva versión, poniendo de manifiesto con toda brevedad sus preferencias para el desarrollo ulterior de la lexicografía.

X

Al referirnos a homenajes rendidos en forma de una miscelánea de artículos, pensamos casi siempre en los que están dedicados a individuos de mérito extraordinario, con motivo de un acontecimiento excepcional en la vida académica o particular de cada uno, de ordinario a partir de los cincuenta o sesenta años de edad. Muy afín a este género tan común en nuestra época es un tomo o número suelto de determinada revista erudita organizado a base de invitaciones para celebrar una etapa en el desarrollo de la tal revista. Al analizar, trabajo tras trabajo, la obra tardía de Menéndez Pidal, resulta práctico discutir juntas sus contribuciones a ambas categorías de volúmenes especiales, tan estrechamente emparentadas. Tomó parte activa, en su papel de lingüista, en tres homenajes tributados a compatriotas o extranjeros: Julio de Urquijo (1949-51), Walter von Wartburg (1958) y É. Lévi-Provençal (1962), tratándose, en rigor, de un memorial en este último caso⁵⁹. En cuanto a las revistas cuya salud trató de robustecer mediante su colaboración, parece que es lícito mencionar dos casos: a poco de fundarse, acabada la Segunda guerra mundial, los *Quaderni Ibero-america*ni, D. Ramón —actuando seguramente a

⁵⁹ He aquí los datos bibliográficos: "Sobre toponimia ibero-vasca de la Celtiberia", *Homenaje a D. Julio de Urquijo e Ibarra*, 3 tomos, San Sebastián, 1949-51, t. 3, 463-7; "Notas etimológicas e históricas: *focilāre, delphīnu*", *Etymologica: W. von Wartburg zum siebzigsten Geburtstag, 18. März 1958*, ed. Hans-Erich Keller y otros, Tübingen, 1958, pp. 523-528; "La invasión musulmana y las lenguas ibéricas", *Études d'orientalisme dédiées à la mémoire de É. Lévi-Provençal*, 2 tomos, París, 1962, t. 1, 191-196. A este tríptico se podría agregar la nota, ya citada, que se ocupa de *cueto*, etc., y que salió en el número doble de *RPh*, 5, dedicado a la memoria de un alumno predilecto: Antonio G. Solalinde. Relego a otras partes de este artículo la discusión de ciertos estudios muy desarrollados del autor que, si bien salieron, por motivos que no hacen al caso, en misceláneas-homenajes (por ej., la dedicada a A. Martinet y las dos dedicadas a la memoria de Amado Alonso), por su carácter y su tamaño ya no pertenecen a trabajos de esta categoría —por definición, sucintos.

ruego del director— mandó a Turín una nota breve pero muy jugosa: “Suerte de un arcaísmo léxico en la poesía tradicional”, que salió en el núm. 8 (1948), 201-203. El segundo caso no es menos transparente que el primero: al reanudar su publicación la *Revista de Filología Española*, los tomos 25-32, dirigidos por Vicente García de Diego, resultaron algo pálidos. Cuando Dámaso Alonso asumió la responsabilidad de la dirección, allá por 1949, no vaciló en invitar a gran número de “lumbreras” filológicas —tanto las del país como las del extranjero— a respaldar su esfuerzo de volver a poner a flote una revista de pasado muy prestigioso. Entre los invitados no podía menos de figurar el propio fundador y así, de no engañarme, se explica la nota algo apresurada “Modo de obrar el substrato lingüístico” en el t. 34 (1950), 1-8, seguida de otra, sobre el topónimo *Chamartín*, a los doce meses.

Atendiéndome a la norma selectiva que hemos adoptado, me limito al examen de alguno que otro estudio de este tipo. El trabajo de dos páginas que salió en los *QIA* es una verdadera joya, amalgamando con impresionante maestría aspectos literarios y lingüísticos del mismo tema: la biografía de la voz *escudero*. Da la casualidad de que, hasta principios del siglo xvi, la palabra en cuestión equivalía a ‘aspirante a caballero’, mientras que más tarde decayó, señalando tan sólo a un ‘servidor de persona noble’ (y, lo que es más grave, ‘servidor anciano, de edad’). Don Ramón explica, con la autoridad de un historiador muy ducho en tales análisis socio-económicos, que la decadencia semántica de la voz elegida no es más que un reflejo de ciertos cambios en las condiciones de vida que ocurrieron durante el reinado de Carlos V, y demuestra cómo en las sucesivas versiones de textos romancísticos y líricos *escudero* quedaba reemplazado cada vez más por *cavallero*, con ciertas consecuencias previsibles para la evocación poética⁶⁰. Por otro lado, con-

⁶⁰ La técnica que luce el autor en esta nota, que recuerda un soneto de arquitectura perfecta, es nada menos que centelleante. Como detalle pintoresco menciono la destreza con que consigue mencionar en su documentación, primero, al director de la revista, G. M.

fieso que la selección de tema tan espinoso como el que eligió D. Ramón para su regreso a la mismísima *RFE*, que había fundado en 1914, no me parece feliz: no se puede acometer en ocho páginas una cuestión tan reñida como el "modo de obrar el substrato lingüístico".

No deja de ser emocionante la lectura de la nota (que comprende las trayectorias de las voces asturianas que, al parecer del autor, corresponden a *focilāre* y *delphīnus*) que reservó Menéndez Pidal para su último regalo de sabor etimológico, ofrecido a un colega célebre por su alta especialización precisamente en tal terreno⁶¹. Conmueven el cariño que el trabajador casi nonagenario vuelve a manifestar, con impecable gusto, a su "patria chica" —las Asturias; e impresiona todavía más la franqueza de su confesión de que recogió "notas antiguas, sin tiempo para desarrollarlas debidamente" (p. 523). Aprovechando la ayuda que le prestó Lorenzo Rodríguez-Castellano e interpretando con rigor y acierto el mapa dialectológico del norte de España en lo relativo a *rebocilu*, *refocilu*, *rehocilu* y otras voces regionales, Menéndez Pidal combinó esa cosecha de datos sueltos, acumulados con una paciencia de Sísifo, con una gavilla que le ofreció la dialectología ultramarina (Argentina, Uruguay, Ecuador: *refusilar*), así como con preciosas fuentes literarias desde las postrimerías de la Edad Media (Francisco Imperial) hasta el Siglo de Oro (Fr. Herrera), para nada decir de su carteo con destacadas figuras literarias de su propia época. Mientras D. Ramón se mueve dentro de España, incluyendo a su antiguo imperio colonial, su argumento queda enteramente convincente y su documentación, verdaderamente abrumadora, resulta casi irrefuta-

Bertini; luego, el Romance de la gentil dama y el místico pastor (en la versión descubierta por Ezio Levi); por último, el manuscrito (siglo XVI) del *Cancionero musical* que se guarda en la Biblioteca Nacional de Turín. ¡Ningún italianófilo podría exigir más!

⁶¹ Por lo visto, se trata del último escarceo en una larga lista de hazañas etimológicas. Reconstruyo tal desarrollo en mi artículo (que está para salir en un número especial, organizado por Antonio Quilis, de la revista *Historiographia Linguistica*): "Ramón Menéndez Pidal as etymologist".

ble⁶². Me duele tener que matizar tal aplauso agregando que, tan pronto como se aleja de su cuartel general, su análisis pierde en seguida aquella firmeza. El autor, al abogar por la extensión del significado clásico de *focilāre* ('calentar, reanimar' > *'brillar, relampaguear') parece que había perdido de vista la supuesta existencia de dos verbos distintos, de ninguna manera relacionados en latín: a) *fōcilāre* (derivado de *fōvēre*) y b) **fōcilāre*, el presunto derivado de **fōcilis* (cf. fr. *fusil*) y, en últimas instancias, de *fōcus* 'hogar' > 'fuego'. De resultas, si bien queda casi intacto todo lo averiguado sobre la historia del material léxico español, habrá que revisar por completo la sugerida prehistoria de la familia a la luz de lo que han sacado en limpio los equipos de romanistas y latinistas fuera de España⁶³.

XI

Representan el núcleo de cuanto Menéndez Pidal, como lingüista, escribió (o retocó y publicó, con base en esbozos inéditos anteriores) en los treinta últimos años de su vida las siete monografías siguientes —por decirlo así, su legado

⁶² Es lástima que los iniciadores de *Etymologica* (entre ellos Alwin Kuhn, buen conocedor del español) no se hayan empeñado en ayudar a D. Ramón a salvar alguno que otro error tipográfico (léase p. 523: "los concejos de Parres y Congas"; p. 525 "en el *Quijote*"; p. 526 "parece"; etc.). Además, no se ha eliminado cierta confusión sobre las hablas rurales del centro de Asturias.

⁶³ Muy notable, a mi modo de ver, es la corrección que propuso Menéndez Pidal a la conocida manía de Corominas de reconocer por todas partes en el español del Nuevo Mundo huellas de la expansión del leonés, hipótesis que desdibuja cuanto sabemos acerca de la irradiación del español. Menéndez Pidal no descarta la infiltración esporádica de voces leonesas en el dialecto andaluz; pero sólo como elementos hijos del habla de Sevilla y alrededores, y de ninguna manera directamente, terminaron tales "occidentalismos" por arraigarse en el Nuevo Mundo.

a los herederos intelectuales: un trabajo del tamaño de un libro, que salió como suplemento a la *Enciclopedia Lingüística Hispánica*: “Dos problemas iniciales relativos a los romances hispánicos”⁶⁴; las restantes, ya mencionadas en parte, alcanzan las proporciones de artículos de revista muy desarrollados y reanudan discusiones de temas particularmente caros al autor. Así, hacia fines de los años cuarenta, salió “Sevilla frente a Madrid” —como nos consta, uno de los últimos ecos de su larga ausencia de España y residencia casi forzosa en el Nuevo Mundo. Las dos conmemoraciones de Amado Alonso, la mejicana y la ovetense⁶⁵, contienen dos respectivos trabajos de gran peso: la primera, repito, encierra la versión definitiva (desde el punto de vista del autor) de un tema casi inagotable, a saber, los “sufijos” átonos⁶⁶, y la segunda, algo posterior, marca un retorno a Asturias en clave topoglotalógica (y también, me atrevo a agregar, sociolingüística —término todavía ajeno al voca-

⁶⁴ Véase el t. I, Madrid, 1960, pp. xxvii-cxxxviii. Conviene advertir que el suplemento único a los tomos de la *E.L.H.*, apéndice que encierra varios estudios de Dámaso Alonso sobre problemas de fonética histórica española, compartió la mala suerte de los “Dos problemas” de Menéndez Pidal, de manera que ambos autores llegaron a ser víctimas de una innecesaria, pero casi unánime indiferencia por parte de la crítica.

⁶⁵ Menéndez Pidal no está representado del todo en el tercer homenaje, el organizado por Marcos A. Morínigo, en el t. 5 (1959) de *Filología* (Buenos Aires), con atraso casi escandaloso; empero, tal vez por compensación, contribuyó con una nota, breve pero nutrida, al t. 3 (1951) de la dicha revista porteña, cuya publicación seguramente era posterior al fallecimiento de su discípulo favorito: “*Murcia y Mortera*: dos topónimos hidrográficos” (pp. 1-5).

⁶⁶ Tales tanteos, intrínsecamente muy arriesgados, coincidieron en la ideología de D. Ramón con una inequívoca tibieza hacia la estratigrafía del latín (con garantizar ésta un ritmo de progreso científico incomparablemente más sólido), quedando íntimamente enlazados, a la inversa, con los experimentos de Johannes Hubschmid como el siguiente: *Thesaurus Praeromanicus*, fasc. 1: *Gundlagen für ein weitverbreitetes mediterranes Substrat, dargestellt an romanischen, baskischen und vorindogermanischen P-Suffixen*, Berna, Francke, 1963.

bulario técnico de D. Ramón⁶⁷). Por aquellos años sale también la última formulación, en guisa de un artículo de más de sesenta páginas apretadas, de otra idea predilecta del autor: la de la colonización suditálica en España, con motivo del desarrollo de las *-ll-* y *l-* latinas⁶⁸. Ya se hizo mención de dos estudios algo posteriores que llevó a cabo D. Ramón en colaboración con Antonio Tovar (ambos salieron, en sucesión rápida, en el *Boletín* de la Academia: se trata de exámenes muy escrupulosos, microscópicos, de la evolución de dos familias de sufijos, cuyas gamas vocálicas giran en torno a las respectivas "columnas consonánticas" *-rr-* y *-z-*. Siento tener que hacer constar, a título de denominador común, la escasa atención crítica (casi ninguna) que han recibido estas siete exploraciones de un benemérito e infatigable investigador, ya anciano⁶⁹.

Por más de una razón, el artículo de gran envergadura que Menéndez Pidal escribió, a principios de los años cincuenta, para *Archivum* (salió en 1954) sigue mereciendo mayor interés del que, de hecho, ha despertado. Proyecta más luz que otros trabajos del autor sobre su "laboratorio"; así, se desprende de él que D. Ramón volvió a tomar notas folklórico-dialectológicas en Asturias en 1910 y aún en 1930; que hacia 1950, estaba en preparación una segunda edición, radicalmente revisada y ampliada, de la vieja monografía (1906) sobre el dialecto leonés, tarea que pensaba emprender el autor en colaboración estrecha con Alvaro Galmés de Fuentes y Diego Catalán; es decir, *en famille*⁷⁰; y que,

⁶⁷ "*Pasiegos y vaqueiros; dos cuestiones de geografía lingüística*", *Archivum*, 4 (1954), 7-44.

⁶⁸ "A propósito de *-ll-* y *l-* latinas; colonización suditálica en España", *BRAE*, 34 (1954), 161-216.

⁶⁹ Así, de "Dos problemas" registran las bibliografías tan sólo una brevísima reseña de F. Coco, ocultada en una oscura revista europea.

⁷⁰ Huellas elocuentes de esa colaboración en la etapa provisional son, por ej., el artículo de ambos miembros entonces jóvenes del equipo: "La diptongación en leonés", *Archivum*, 4 (1954), 87-147; el artículo —quizá no suficientemente concentrado— de D. Catalán que, hace un cuarto de siglo, salió en los tomos 10 y 11 de *Romance*

a pesar de su edad avanzada, el maestro se había tomado la molestia de enterarse de la nueva teoría fonológica (estilo Escuela de Praga), por lo menos, en su versión primitiva, y ya comenzaba a aprovecharla activamente para sus propias pesquisas (véase una curiosa alusión en la p. 15).

A pesar de lo que anuncian explícitamente título y subtítulo ("*Pasiegos y vaqueiros: dos cuestiones de geografía lingüística*") —y sin desatender la profusión de detalles topográficos—, es lícito afirmar que se trata, en el fondo, de un solo problema, variando sólo su manifestación concreta; y que este problema subyacente no es de carácter fundamentalmente glotogeográfico; señal indirecta de ello es la falta de cualquier mapa u otra guía territorial. La tesis principal que defiende (o vuelve a defender) el autor, con entusiasmo y optimismo casi juveniles, es que, del examen detallado de la metafonía así como de determinados cambios consonánticos que se han producido en la zona norte de España, se pueden deducir ciertas importantes conclusiones sobre el poblamiento suditálico durante el dominio romano en aquella región. Por consiguiente, la monografía enlaza con ciertos capítulos particularmente notables de los *Orígenes del español*, ante todo en su versión definitiva (la de 1950), profundizando el análisis paralelo de datos toponímicos que se presentan a esta clase de examen y haciendo hincapié en la evolución característica de (por lo menos) cuatro nexos internos de consonantes. Además, agrupa con la zona cantábrica propiamente dicha la pirenaica, es decir, la alto-aragonesa, así como la gascona (que se extiende por la vertiente opuesta de la sierra), evocando así

Philology ("El asturiano occidental: examen sincrónico y explicación diacrónica de sus fronteras fonológicas") a la zaga de "*Pasiegos y vaqueiros...*"; así como una miscelánea de esbozos preliminares publicada en España, que —por desgracia— no tardó en convertirse en un callejón sin salida: Seminario Menéndez Pidal, *Trabajos sobre el dominio románico leonés*, t. 1, Madrid, 1957, si bien, en un principio, prometía correr parejas con libros de triple autoría en el terreno folklórico-literario como éste, del año 1954: *Cómo vive un romance; dos ensayos sobre tradicionalidad*, Anejo 60 de la RFE.

recuerdos de las conocidas investigaciones de J. Sarröhandy, A. Kuhn y W. D. Elcock. Todo esto merece aplausos; por otra parte, llama la atención el silencio absoluto del autor sobre la metafonía (o inflexión) típica del francés antiguo, descubierta ya hace largo tiempo por A. Mussafia (la que se infiere de la transformación de *těrtiu* [tertju] en *tierç*, en lo moderno *tiers* 'tercio, tercero'), la cual, es cierto, produjo un diptongo ascendente, a diferencia de lo que aconteció en el territorio cántabro-pirenaico⁷¹. Pero aun si diptongación y metafonía se oponen para el hispanista de vieja estampa, de ninguna manera se excluyen mutuamente por todas partes (ya el italiano meridional siguió rumbo aparte en este particular). Para volver a la tesis de Menéndez Pidal: en el nivel de la teoría lingüística todo se reduce al dilema (que no dejó de puntualizar el propio autor): monogénesis frente a poligénesis; y, dejándose persuadir por argumentos probabilísticos (sin poder recurrir en aquel entonces a una armadura como lo han llegado a ser "los universales"), se declaró sin el menor titubeo en pro de la monogénesis⁷².

Establecido así el denominador común, podemos permitarnos una mirada algo menos apresurada a las "dos cuestiones" particulares. La primera quedó muy hábilmente resu-

⁷¹ Sobre la prehistoria e historia de ese hallazgo importante (no apreciado suficientemente por los contemporáneos del descubridor) puede verse mi artículo "The discovery in Old French phonology of the *nicce*, *piece*, *tierç*, *cierge* type", que está para salir en los *Medieval French Textual Studies in Memory of T.B.W. Reid*, ed. Ian Short (Anglo-Norman Text Society, Occasional Publications Series, No. 1).

⁷² Aun que a veces Menéndez Pidal, al referirse a ciertas controversias en que figuraba, prefería mencionar a sus aliados más bien que a sus contrincantes (así, en la p. 44 se acordó de citar a V. Bertoldi y a M. L. Wagner, quienes compartían su confianza en que el top. *Huesca* era un reflejo de *Osca*, pero dejó sin mencionar o refutar la pertinaz oposición de G. Rohlf), esta vez hizo constar el leve escepticismo de Dámaso Alonso, manifestado ya en 1951 (véase la p. 38). En lo sucesivo, D. Dámaso se explayó sobre este problema, como ya veremos.

mida por el propio autor (p. 23): “Lena-Aller, Gozon y Pas constituyen tres áreas de inflexión metafónica aisladas unas de otras. No podemos pensar en poligénesis. Lo más verosímil es explicar las dos áreas asturianas por una primitiva colonización romana procedente del sur de Italia y el área castellana por un trasplante de pastores asturianos”⁷³. La segunda peculiaridad fónica que, en condiciones sociolingüísticas muy parecidas (aislamiento multiseccular casi total), caracteriza otro grupo septentrional —también él de transhumancia en medio de un ambiente labriego (y que, de resultas, constituía un cuerpo extraño, relegado a cierta altura de la sierra)— era, a partir del siglo XVI, la pronunciación *tch* (tendiendo a *ts*) de los *vaqueiros*, radicados en el Occidente de Asturias. Esta consonante monofonémica procedía, mediante un proceso de ensordecimiento, de una [dʒ], africada que, a su vez, representaba el reflejo local de una L- o -LL- latinas, a no ser que los hablantes se hayan decidido en favor de una africada rival: una [dz] ya cacuminal, ya prepalatal, también ella ensordecida en lo sucesivo (de ahí la grafía *ʃs* que propugna L. Rodríguez-Castellano, quien, hacia 1950, descubrió el fenómeno). Todo ello, ya complicado de por sí, entronca con el hecho de que, en astur-leonés occidental, se hallan a trechos, independientemente, dos reflejos —menos exóticos— de *lj*, *k'l*, *g'l*: básicamente [λ] con tendencia inherente a quedar reducida a [j]; de ahí *muller* o *muyer* por ‘mujer’, mientras que L- y -LL- se desarrollan en una [λ] que ha quedado intacta: *lladrar*, *portiella*. Y a todo esto se sobrepone la idiosincrasia del desarrollo de los grupos iniciales de sílaba (y, ante todo, de palabra) CL-, FL-, PL. La hipótesis de Menéndez Pidal, por sugestiva que sea, no se puede dar como solución definitiva de esa maraña de problemas mientras nos falte un estudio que aclare la *f-* de *fallar* (*hallar* en lo moderno), frente a *achar* del gallego-portugués; o la *ch-* de *chato*, *choza*, frente a la *ll-* de *lluvia*; etc.⁷⁴.

⁷³ El autor alude aquí al norte extremo de la provincia de Burgos.

⁷⁴ En varios estudios —en parte ya publicados, en parte en prensa

Por lo visto, la segunda parte del artículo del *Archivum* entronca estrechamente, ya por el tema elegido, con la contribución —casi contemporánea— de Menéndez Pidal al *Boletín* de la Academia, lo que nos exime de la obligación de examinar esta última pormenorizadamente. Lo extraordinario es que el autor, a pesar de la edad que le agobiaba (se acercaba en aquel entonces a los noventa años), encontró, andando el tiempo, la energía para amalgamar ambos trabajos de tal manera que su combinación excediera con mucho la suma de las componentes. Esta última síntesis, que no se puede pasar por alto en nuestro cuadro sinóptico, es la notable monografía “Dos problemas iniciales relativos a los romances hispánicos” que sirve de introducción a la malograda *Enciclopedia Lingüística Hispánica* (lanzada por el C.S.I.C.), cuyo primer tomo salió en 1960⁷⁵. Mirando el asunto en retrospectiva, parece irónico que no se haya dado el título tan equívoco de *Orígenes del español* preferentemente a este trabajo (quizá en estrecho enlace con ciertos estudios satélites, bosquejos preliminares, etc.)

o sólo esbozados— he defendido la conjetura de que en gran parte del territorio español la *ch* [č] era el producto normal de *cl-*, etc., siendo *ancho*, *choza*, *chubasco*, etc. el residuo de tal preferencia, viejísima. La *ll-* (de *lluvia*, etc.) debe de haber venido del norte: ¿cantábrico, pirenaico o ultrapirenaico?

⁷⁵ No me ocupo aquí de la legitimidad de colocar parecido trabajo, de sesgo personalísimo, como introducción a una empresa por definición colectiva y objetiva, como debería aspirar a serlo una enciclopedia, aun tomando en cuenta factores como el muy alto valor intrínseco del estudio, el incontestable prestigio del autor y la unánime admiración que imponía su voluntad férrea de llevar a cabo su ambicioso programa de investigación. Así y todo, conviene admitir que el título algo nebuloso del trabajo no era como para alentar a los colegas a “asimilar” su contenido, para nada decir del inoportuno uso de la voz “romance”, que cualquier hispanista corre el peligro de asociar de inmediato con el romancero, máxime habiendo sido estudiado éste tan a fondo y detenidamente por el autor. No escasean ni erratas, ni letras ilegibles, ni equivocaciones menos veniales; lástima que nadie, al parecer, haya ofrecido a D. Ramón prestarle ayuda en la corrección de las pruebas.

y no a la obra de 1926 (así como de 1950), la cual en el fondo apenas si concierne al estado embrionario del idioma, estribando ante todo en las consecuencias lingüísticas de la Reconquista.

El gran adelanto de los "Dos problemas" (1960) frente a las "Dos cuestiones" (1954) consistió en que, en la segunda tentativa, la geografía lingüística, en efecto, salió airosa (testigo los dos mapas espléndidos, uno de ellos polícromático); que al examen de la *L-* y *-LL-* se le agregó, como lo pedía la lógica de las ciencias fonéticas, un análisis paralelo de la *N-* y *-NN-* así como de la *R-* y *-RR-*; que, en vez de alusiones vagas, campea a lo largo de las ciento diez páginas apretadas la confrontación de la filología tradicional con la doctrina estructuralista en su versión menos abstracta y más realista (obligatoria condición preliminar para que resulte del todo compatible con la pesquisa histórica); finalmente, que —sumándose con el pasar del tiempo los hallazgos dispersos— terminó por cristalizarse una doctrina (para no abusar del término rival "teoría") acerca de la población y subsiguiente latinización de la Península que presupone y, a la vez, acondiciona ciertas ideas sobre la diferenciación temporal, territorial y social del latín vulgar.

El lector enterado del estado actual de tales cuestiones no puede menos de preguntarse si son compatibles los acentos que pone el autor —con excepcional confianza en lo acertado de su juicio— con otras doctrinas propugnadas con igual entusiasmo que estaban muy en boga precisamente a lo largo de los años cincuenta; me refiero al modelo de la "articulación" (*Ausgliederung*) de las principales lenguas románicas ideado por W. von Wartburg, archifamiliar a todos los romanistas, igual que al esquema tan distinto propuesto por M. Bartoli y adoptado por G. Bonfante, grupo al que terminó por adherirse G. Rohlfs. A todo ello no encuentro ni una alusión discreta, mucho menos una toma de posición, en el trabajo de Menéndez Pidal.

El agregado de una dimensión estructuralista se debe a la fausta concurrencia de varios sucesos: el éxito sensacional

del tratado *Économie des changements phonétiques* de André Martinet (1954); las reverberaciones de la obra —que, en un principio, tanto prometía— de A. Haudricourt y A. Juilland; varias publicaciones de Emilio Alarcos Llorach (quien, por añadidura, se empeñó en traducir al español el manuscrito de la importante tesis de F. H. Jungemann, *La teoría del sustrato y los dialectos hispano-romances y gascones*), todo ello en clave estructural-“económica”; por último, la organización de una (mejor dicho, de la primera) miscelánea-homenaje en honor de Martinet, no en Francia, donde se formó, ni tampoco en los Estados Unidos, donde enseñaba, sino en las Canarias, gracias a los bien calculados esfuerzos de Diego Catalán. Sabido es que, de todo ello, ha quedado hoy relativamente poco, no siendo de mucha duración las modas en lingüística; pero, recreando con cierto esfuerzo el clima de 1955-60, el lector de hoy comprende que Menéndez Pidal aspiraba a una especie de compromiso entre substratismo y estructuralismo en sus manifestaciones menos atrevidas⁷⁶.

De acuerdo con la nueva y mejorada interpretación del término-clave “orígenes”, los “dos problemas iniciales” abarcan a) la colonización romana, a raíz de una conquista muy lenta (que, por lo demás, comenzó temprano, en el transcurso de la segunda guerra púnica) y b) las extensas rever-

⁷⁶ Conviene tener presente el hecho de que, entre las figuras jóvenes que pasaron a ejercer influjo en aquel decenio, en lo que toca a la lingüística histórica, Martinet era tal vez el único que exhibía marcada simpatía con la práctica de la dialectología y con el *idearium* difusionista tan caro a los sucesores de Gilliéron. Véanse, al respecto, los artículos con que contribuyó a los tomos 6 y 8 de la revista californiana *Romance Philology*, así como su agudo estudio anterior, “The devoicing of Old Spanish sibilants” (t. 5, 1951-52, pp. 133-56) y —el más famoso de todos— sobre la lenición. Por aquellos años no se cansaba de declarar que lo único en que no podía menos de insistir era la necesidad absoluta de agotar todas las posibilidades de una explicación interna (es decir, estructural) antes de apelar a interferencias externas (cambios de territorio, contactos con otras lenguas, cruces de palabras, etc.). Esta jerarquía de valores se refleja, hasta cierto punto, en la obra de su adepto Uriel Weinreich.

beraciones de la invasión musulmana así como, todavía en mayor medida, de la reconquista, que trajo consigo la paulatina extinción de los dialectos mozárabes. Con plena razón insiste el autor en el mayor arcaísmo cultural de la Hispania Citerior, es decir, del oriente y del centro de la Península, que de la Ulterior, que comprende ante todo la zona atlántica. En esta altura Menéndez Pidal hubiera podido apartar el riesgo de una confusión muy seria: en efecto, ¿cómo se puede reconciliar el aludido arcaísmo del este y del centro frente al noroeste con el muy arraigado concepto de Galicia y de las regiones limítrofes como zona arcaica —concepto que dialectólogos y etnólogos, ante todo Fritz Krüger y sus secuaces, han recalcado incesantemente? La paradoja se resuelve si se toma en cuenta la polisemia del término “arcaísmo”. Si aludimos a las sucesivas fases del latín transplantado de Roma a la Península ibérica, tenemos pleno derecho a sostener que la latinidad que cundió por el litoral del Mediterráneo y aun por el valle del Ebro correspondió a un estadio más antiguo del idioma de los legionarios conquistadores (el estadio que la filología clásica asocia con el “Altlatein” —el latín preclásico—, el cual se vislumbra a través de las comedias de Plauto, por ejemplo) que aquella latinidad más avanzada que, al cabo de dos siglos, irrumpió en la antigua Gallaecia. Por otro lado, si por el marbete de “arcaísmo” aspiramos a sugerir la lentitud del desarrollo cultural, entonces somos muy dueños de quedarnos con el concepto tradicional de la Hispania Ulterior como región netamente conservadora y, por lo tanto, atrasada. Se oponen, en resumidas cuentas, *a*) el desarrollo rápido, en suelo español, de un estado más antiguo del latín, y *b*) la evolución lenta de un estado más moderno de la lengua de Roma. En el fondo, son dos carices de la cultura romana que libran batalla en territorio español —situación casi grotesca a primera vista, pero que rápidamente pierde su extrañeza tan pronto como recordamos que una de las “guerras sociales” más encarnizadas en las postrimerías de la era republicana de la historia romana,

en la que intervinieron César y Pompeyo, tuvo también lugar en España.

Como era de esperar de un estudioso de la diacronía lingüística de la talla de D. Ramón, quien en el fondo nunca había cesado de actuar como "historiador puro", el autor de la monografía combina a cada paso los análisis auténticamente lingüísticos con otros, de carácter más bien demográfico. Es muy instructiva y novedosa la interpretación que da, con base en crónicas arcaicas (las de los siglos VIII y IX) y en topónimos característicos (como *Pola* y *Puebla*) de los tres verbos cruciales *poblar*, *despoblar* y *repoblar*; según su modo de ver, que me parece convincente a pesar de la sorpresa que causa, *poblar* significa 'reducir a una nueva organización político-administrativa una población desorganizada' (p. xxx; obsérvese de cerca cuánto se aleja en esta encrucijada Menéndez Pidal del modo de pensar de Claudio Sánchez Albornoz).

El andamiaje de esta monografía está muy lejos de "caer por su peso", puesto que el autor se desvía a propósito del curso cronológico. El trabajo se divide en cinco partes, de proporciones más o menos iguales: a una brevísima nota preliminar sigue, a título de parte primera, un brusco salto *in medias res*: "Repoblación y tradición en la cuenca del Duero", cuyo punto de partida es el reinado de Alfonso I (739-757) y que aprovecha datos lingüísticos, sobre todo los que suministra la onomástica, tan sólo en función de la demografía medieval (pp. xxix-lvii). A partir de este punto crucial, la perspectiva cambia por completo, sumergiéndose el autor en el desenlace de acontecimientos y relaciones que, francamente, pertenecen a la Antigüedad romana y a su política expansionista, si bien el espejo en que se reflejan aquellos sucesos tan lejanos es, por la mayor parte, el caudal de los dialectos modernos. Basta aducir los títulos de las secciones siguientes para cerciorarse de ello: 2) "Colonización suritálica de España según testimonios toponímicos e inscripcionales", es decir, 'epigráficos'; 3) "Asimilaciones y sonorizaciones consonánticas de tipo suritálico en las lenguas hispánicas" (a las cuales se suma en este con-

texto el gascón); 4) "Evolución de LL, NN y RR geminadas; extensión geográfica del refuerzo"; y 5) "Cómo explicar el origen del refuerzo de LL, NN, RR". Cada capítulo está subdividido con gran esmero, y los epígrafes facilitan la orientación en el nivel táctico.

Mientras que a principios y mediados de los años cincuenta el autor tendía a mantener cierto equilibrio entre vocalismo y consonantismo, esta vez el vocalismo está subordinado casi por entero a dos fenómenos de consonantismo: a) las asimilaciones y sonorizaciones que ya en 1926 perseguían la imaginación del autor; y b) las peripecias de N, L y R en determinadas colocaciones, problema complicado y cautivador que, eso sí, quizá por primera vez en la historia de la disciplina recibe aquí una dosis de atención analítica digna de él.

Queda sin resolver el enigma de la unilateralidad de la estrategia adoptada por el autor⁷⁷. Sorprende observar que entre 1926 y 1960 no haya hecho, que yo sepa, ni una sola tentativa en gran escala de identificar ora depósitos aislados del léxico itálico en el vocabulario dialectal peninsular, ora vestigios de la flexión (pro)nominal y verbal —aunque por cierto no faltaban alusiones a tales posibilidades en la literatura que estaba a su alcance⁷⁸. Y en los escasos

⁷⁷ No descartemos la posibilidad de que el acento menos enérgico que pone Menéndez Pidal, allá por 1960, en la metafónica asturiana se deba sencillamente a su satisfacción con el sondeo independiente de Dámaso Alonso ("Metafonía y neutro de materia en España, sobre un fondo italiano", en *ZRPh*, 74, 1958, pp. 1-24), con el cual declara su completa solidaridad (p. 138). Otro trabajo, coetáneo, de Alonso que resultó muy afín a la pauta de las investigaciones pidalinas eran las "Notas gallego-asturianas de los tres Oscos", en *Archivum*, 7 (1958), 5-12.

⁷⁸ Me refiero ante todo a la igualación de las desinencias del nominativo y del acusativo del plural en la primera declinación (temas en -a-) y en la segunda declinación (temas en -o/e-), cf. osc. *aasas* = lat. *ārae*, umbr. *urtas* = lat. *ortae*; osc. *Nūvlanús* = *Nōlānī*, umbr. *Ikuvinus* = *Iguvīnī*. Véase A. ERNOUT, *Morphologie historique du latin*, 3ª ed., París, 1953, §§ 19 y 33. Sería instructivo obtener el dictamen de un especialista sobre casos como **gl̥ze* 'lirón' (recons-

contextos en que sí se le escapó una sospecha por el estilo en 1960, a veces porque un colega servicial se la susurró al oído, la formulación de la conjetura lanzada casi al azar no llega a satisfacer al lector de hoy⁷⁹. Los obstáculos eran la limitada familiaridad del autor con los dialectos itálicos —¡a qué distancia estaba él en este respecto de la envidiablemente ventajosa situación de un Giacomo Devoto!— y su sensibilidad poco desarrollada por las etapas del propio latín. Llama la atención también la casi total indiferencia de D. Ramón por el sardo, a pesar de haber estado a su disposición, a partir de los años cuarenta, varios estimables trabajos de síntesis y fácil consulta redactados por Max Leopold Wagner. De manera que la tesis suditálica, que tanto apasionaba a Menéndez Pidal en sus últimos lustros (como anteriormente le había deleitado la tesis mozárabe), quedó en suspenso, a pesar de la excelencia de muchos argumentos y de la exquisitez de varios hallazgos.

XII

Aun con la técnica que hemos tenido que adoptar —la de ceñirnos, para ahorrar espacio, al examen de muestras repre-

tuido a base del fr. *loir* y del port. *leirão*) frente al clásico *glīs*, *glīris*; aquí la dificultad estriba en la falta de una divisoria bien demarcada entre variantes socio-regionales del latín arcaico (por ej., las relegadas a la antigua Campania, siempre abierta a influjos meridionales) y los auténticos dialectos itálicos.

⁷⁹ Así, me parece atrevido adoptar, fuera de cualquier contexto gramatical, la solución de E. Vetter ("*Ire und fuisse*", *Festschrift Paul Kretschmer*, t. 2, Viena, 1957, pp. 194-8), que gira en torno al carácter umbro de la sustitución de *iī* por *fuī* en ciertas formas del latín coloquial, con supuestas repercusiones en los dialectos hispanorrománicos (véase Menéndez Pidal, p. cxxxviii). Por la misma razón de tratarse meramente de los datos sueltos, no integrados en cualquier contexto vital o gramatical, vacilo en respaldar otras hipótesis pidalinas por el estilo (por ej., la de que la *u* de *octubre* (en lo antiguo, *ochubre*) y la de *nudo*, en desafío directo de la *ō* de *October* y *nōdus*, acaso sigan la pronunciación de los colonos de la Italia meridional (*Manual de gramática histórica*, § 2, p. 6).

sentativas dentro de cada categoría de investigación lingüística cultivada por Menéndez Pidal en los tres decenios seleccionados⁸⁰— termina por dibujarse un paisaje bastante claro de labor intelectual y de empeño científico. Es cuestión de gusto, repito, si era realmente oportuno empezar a publicar partes de la correspondencia de D. Ramón en vida del corresponsal⁸¹; a decir verdad, me parece preferible la vieja costumbre de evitar tal apresuramiento. Mucho más aceptable es la tradición de valorar, en tono de crítica cortés, las obras nuevas y aun las revisiones de trabajos anteriores de un patriarca. No faltaban por entero críticas técnicas⁸², pero me consta que Menéndez Pidal echaba de menos una discusión más animada, teniendo suficiente lucidez y equilibrio como para darse cuenta de que su propia edad de Matusalén era óbice a la franqueza completa⁸³. De todos modos, descuella entre las apreciaciones

⁸⁰ Desde luego, conviene descontar casi por completo, para los años 1939-69, las reseñas como género de investigación; me acuerdo de haber encontrado una sola (en la revista suiza *Vox Romanica*) de un libro del hispanoarabista Arnald Steiger.

⁸¹ Han llegado a mi conocimiento dos empresas de esta índole: 1) ANGELA MARIUTTI DE SÁNCHEZ RIVERO, "Carteggio R. Menéndez Pidal —Joaquim de Araujo, R. Menéndez Pidal —Emilio Teza", en *Studi di Lingua e Letteratura Spagnola*, pp. 253-316 (se trata del t. 31, 1965, de las *Pubblicazioni della Facoltà di Magistero* de la Universidad de Turín); y 2) F. A. MARTÍNEZ, "Ramón Menéndez Pidal y Rufino José Cuervo: correspondencia epistolar", *Thesaurus*, 23 (1968), 417-79: un surtido de 28 cartas (también salió como folleto). Salta a la vista que esta última publicación encaja en el vasto programa del Archivo Epistolar Colombiano, que a su vez entronca con las actividades del Instituto Caro y Cuervo; véase, por ej., el carteo de Cuervo con Hugo Schuchardt, de cuya edición quedó encargado Dieter Bross (Bogotá, 1968), así como su correspondencia con Raymond Foulché-Delbosc, descifrada por Charles Leselbaun (Bogotá, 1977).

⁸² Como la de J. M. Piel en *RF*, 67 (1955), 139-144, consagrada a la *Toponimia* —siendo el crítico, de hecho, buen especialista en aquel terreno.

⁸³ Me consta, por ej., que en 1957 Menéndez Pidal pidió, en términos halagüeños y aun seductores, a María Rosa Lida que rese-

de conjunto la de Pierre Le Gentil quien, fijándose en los últimos trabajos (allá por 1953) del ilustre autor, se esforzó por aislar el concepto del "estado latente" como el denominador común de sus indagaciones literarias y lingüísticas⁸⁴; huelga decir que la mayor parte de los "retratos" de Menéndez Pidal que pintaban los críticos subrayaban su papel de erudito literario y, emanando por necesidad de otros especialistas de esa misma categoría, salieron también los mejor redactados y más fáciles de asimilar para el lector lego⁸⁵. Otra consecuencia de la longevidad de D. Ramón fue que su obra, allá por 1950, comenzó a convertirse en tópico apropiado para toda clase de ejercicios universitarios, por ej., para tesis de doctorado⁸⁶, volviendo a ser la

ñase su *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas*. Si mi esposa eludió tal compromiso, fue porque no buscaba ninguna repetición de su reacción bastante severa ("Fray Antonio de Guevara: Edad Media y Siglo de Oro español", 1945) a otro trabajo —por cierto, menos elaborado— del filólogo de Madrid. Y tuvo razón, porque D. Ramón le reprochó —amistosamente— su propensión a la polémica aun en el Prólogo, en conjunto muy generoso, que escribió para la conmemoración de M.R.L. de Malkiel en *RPh*, 17:1 (1963), 5-8.

⁸⁴ Esta notable tentativa de síntesis se titula "La notion d'«état latent» et les derniers travaux de M. Menéndez Pidal", *BHi*, 55 (1953), 133-148. El crítico parisiense pudo emprender tal tarea, porque —en calidad de estudioso de la métrica— estaba a caballo de investigaciones literarias y fonéticas; véase, a título de prueba, el espléndido artículo-reseña que preparó —para *RPh*, t. 12:1 (1958), 1-32— del *magnum opus* de Tomás Navarro Tomás ("Discussions sur la versification espagnole médiévale: à propos d'un livre récent").

⁸⁵ Sirvan de ejemplos los respectivos ensayos que Jules Horrent ("L'oeuvre monumentale de R.M.P.") et René Louis ("R.M.P. et le progrès actuel des recherches sur l'épopée romane; essai de synthèse critique") publicaron en el t. 10 (1958-59) de la revista belga *La nouvelle Clio* (pp. 5-34 y 35-89).

⁸⁶ A la tesis de Berkeley presentada por Ruth House Webber, alumna de S. Griswold Morley, se puede agregar la de Raquel Kersten (New York University, 1964), *Cuatro maestros de la crítica literaria de España*, que aquilata las contribuciones de R.M.P., Castro,

faceta literaria de su personalidad y sus escritos la que, pre-
visiblemente, mayor curiosidad despertaba entre los estu-
diosos de la filología moderna, rara vez atraídos por una
disciplina tan austera como la lingüística histórica. No fal-
ta un curioso ejemplo de la adaptación del *Manual de
gramática histórica* a la mentalidad de los nuevos estudio-
sos de la materia universitaria "lengua y literatura españo-
las"⁸⁷. Pero lo que de hecho trajeron los años cincuenta y
sesenta era un verdadero chorro de homenajes al ochentón
o noventón, respectivamente, entre los cuales merecen ci-
tarse los *Estudios dedicados a M.P.* como empresa monu-
mental (lanzada en 1950) que, después del t. 5, amenaza-
ba transformarse en un anuario. Sea cual fuere el mérito
de monumentalidad en nuestro oficio, la justicia pide que
se pondere a los excelentes índices de los *E.D.M.P.* prepa-
rados sin prisa por Luis Márquez Villegas y publicados en
el vol. 2 (1962) del t. 7, como magnífico instrumento de tra-
bajo, siendo lo único lamentable el que, hasta hoy, no exis-
ta nada ni remotamente parecido en lo que atañe a la pro-
pia obra de Menéndez Pidal, de interés y, ante todo, homo-
geneidad superiores quizá a los de los artículos algo abiga-
rrados dedicados a él en aquella grata ocasión⁸⁸.

Montesinos y D. Alonso a la *RFE* desde su fundación en 1914 hasta
1960. Aun más revelador que la tesis de R. H. Webber es el artículo
que ella misma publicó en *RPh*, t. 5: 1 (1951), 15-25: "Ramón Me-
néndez Pidal and the *Romancero*".

⁸⁷ Como caso explícito de tal simplificación cabe citar el *Curso de
gramática histórica española: adaptación didáctica, con desarrollos y
ampliación, del "Manual..."*, t. 1: *Fonética de las vocales*, Madrid,
1966, que se debe a Baltazar Icaza Calderón. Huelga insistir en que
varios libros de divulgación escritos por autores de mayor prestigio,
no son en el fondo más que versiones diluidas o parafraseadas de la
misma fuente.

⁸⁸ Vale la pena describir los índices de Márquez Villegas, porque
un día podrían servir de modelo a un registro pidalino: Índice de
materias (pp. 1-14); índice de palabras y formas (pp. 15-101); índice
de fuentes literarias (pp. 103-133); índice de nombres de lugar (pp.
135-174); índice de nombres: personajes históricos y mitológicos, au-
tores, etc. (175-249). En esta última subdivisión, el nombre del gran

No cabe duda de que en los países de habla española (comenzando por España) y aun fuera de ellos, se hace sentir una fuerte tendencia —entre los jóvenes y los “todavía jóvenes”— de romper con el patrimonio de Menéndez Pidal, de librarse del influjo avasallador de su obra. El autor del presente ensayo no comparte opinión tan apasionadamente caprichosa, pero confiesa que el *corpus* de las publicaciones del gran investigador, precisamente en virtud de su monumentalidad casi ciclópea, corre el peligro de convertirse en un laberinto; cada vez más se necesitan días y a veces semanas de labor dura y desalentadora para averiguar no si una tal conjetura de D. Ramón merece que la reten-gamos íntegra, la modifiquemos a la luz de hallazgos nuevos o la rechazemos del todo, sino sencillamente para aclarar dónde el filólogo de Madrid —el último romanista producto del siglo XIX que seguía activo allá por 1960— se ha pronunciado de una manera u otra sobre el tal problema controvertido, si es que las circunstancias favorecieron su intervención activa en el aludido debate. Dicho de otro modo, se necesita con urgencia un desbroce preliminar que nos permita alcanzar una visión panorámica de una obra tan vasta —ora se trate de lingüística, ora de cualquier otra de sus cuatro especialidades⁸⁹. A pesar de sus dimensiones, el trabajo precedente no aspiraba a ser más que un modesto atajo a través de un imponente y hermoso jardín, el cual, si se continúa descuidándolo, corre el riesgo de degenerar en un verdadero matorral, dando lugar a una dis-

“antagonista” de D. Ramón, a saber, W. Meyer-Lübke, figura en más de cincuenta contextos.

⁸⁹ Debo confesar que, al redactar a toda prisa mi ensayo necrológico nada sucinto sobre Menéndez Pidal, a raíz de su muerte (“Era omme esencial...”, *RPh*, 23:4 [1970], 371-411), tenía una idea todavía incompleta y poco precisa de su obra tardía en el dominio lingüístico, para no hablar de otras lagunas en mi información. Lo que todos necesitamos como libro de cabecera es una guía muy concentrada y escrita con todo esmero, en un solo tomo, de consulta fácil, que sirva de hilo de Ariadne a todas las obras dispersas de Menéndez Pidal.

culpa o un pretexto con los que se justificaría —o se velaría discretamente— cierta tibieza hacia la obra pidaliana, actitud que, sobre ser contraproducente, me parece enteramente inmerecida.

YAKOV MALKIEL

University of California,
Berkeley, California.